

4

¿Por qué no continuó el Ilustrísimo
González Suárez escribiendo la
Historia del Ecuador, correspon-
diente al período de la Independencia?



UANDO acometí la empresa de escribir la **Historia General de la República del Ecuador**, formé el propósito de extender la narración hasta el año de mil ochocientos treinta, en que el Departamento del Sur se separó de la Gran Colombia y se constituyó en Nación Independiente, con el nombre de República del Ecuador: tal fue mi propósito; y lo habría realizado, si causas independientes de mi voluntad no me lo hubieran impedido.

ob Como era razonable, comencé el estudio de ese período, sin duda el más importante de nuestra historia, por la lectura atenta de todas las obras impresas, en que se narraban los sucesos comprendidos entre el fallecimiento del Presidente Carondelet y el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho: busqué, con diligencia, cuanto documento impreso de aquella época fuera posible encontrar y me consagré, con afán, a la investigación de documentos manuscritos, tanto oficiales como privados, desempolvando papeles, con paciencia, no sólo en los archivos públicos, sino en los de algunos particulares. Me hallaba ocupado con tesón en esta faena laboriosa, cuando sin quererlo y aun repugnándolo, me ví obligado a consagrarme a otras ocupaciones muy distintas, y a ellas me consagré de lleno, haciéndolas el objeto exclusivo de mi vida.

201 Dejó, pues, a un lado mis libros, mis papeles, mis documentos, y dí por terminada mi obra en la muerte del Barón de Carondelet el año de 1807: me quedaba por narrar el período de unos veinte y cinco años, el más importante, como he dicho ya, de todos los de nuestra historia. Me había propuesto escribir nuestra historia con un criterio imparcial, desapasionado y, la mudanza completa en mi género de vida aconteció precisamente cuando recién me estaba preparando para hacer una narración imparcial, verídica, sincera, desapasionada de la revolución de la Independencia y de los primeros pasos, que dieron nuestros mayores para dejar de ser colonos, emancipándose completamente de España, y constituyendo una República soberana de sí misma, libre e independiente.

202 Es necesario confesar que es muy difícil la composición de una obra histórica sesuda acerca de la revolución de la Independencia: todas las obras impresas adolecen de dos defectos graves, que son la inexactitud respecto de algunos hechos, y ese cierto apasionamiento convencional, por el que los escritores peninsulares se convierten en fiscales de los ameri-

canos, y los americanos asimismo se truecan de historiadores en panegiristas de sus connacionales: para los escritores españoles los colonos fueron criminales, insurgentes, rebeldes; y el gobierno colonial, justo y equitativo: no hubo razón ninguna justa para la emancipación: para los escritores americanos la revolución y la guerra de la Independencia son uno como poema épico: nuestros Próceres son los héroes, y en ellos todo es grandeza de ánimo y heroísmo patriótico; la administración colonial, tres largas centurias de tinieblas y de tiranía sistemática. Así, nuestra historia de la emancipación colonial es historia convencional: nos hemos trazado un método según el cual se la ha de escribir la historia y así tiene que ser escrita precisamente. ¿No habrá llegado la hora de escribirla con toda imparcialidad?

Para escribirla de ese modo faltan documentos: los que existen son pocos, y deben analizarse con un criterio bien desprevenido. En efecto, casi todos proceden de las autoridades españolas, de los gobernantes de la colonia, y hablan el lenguaje de la pasión: los que han dejado los insurgentes son muy escasos; y, por las precauciones que los patriotas se veían obligados a emplear, no dejan traslucir fácilmente la verdad. El más interesante período de nuestra historia patria carece, pues, de los documentos que sería necesario estudiar, para escribir una narración de los hechos, verídica y desapasionada.

En cuanto a nuestra historia de la época colonial, con cada página de mi obra he cuidado de referirme en las notas y en las citas a los documentos por mí estudiados para tejer la narración: si me he equivocado habrá sido, porque mi obra, como toda humana, no podía menos de ser imperfecta. Mi intención ha sido siempre recta.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

Nota del Ilmo. Señor Don Federico
González Suárez a su discurso pronun-
ciado en los funerales del Gran Mariscal
de Agacucho Antonio José de Sucre

Este discurso fué pronunciado en la Catedral de Quito, cuando se encontraron los restos mortales del Gran Mariscal, y con ese motivo se celebraron muy suntuosos funerales en sufragio de su alma



COMUN era la creencia de que los restos de Sucre estaban en la iglesia de San Francisco; mas, ¿cuál era el fundamento de semejante creencia? Nadie sabía decirlo... Se creía que estaban allí, porque se suponía que allí debían estar, Doña Mariana Carcelén, la viuda de Sucre, se decía era muy devota de la iglesia de San Francisco, y ahí ha de haber depositado los restos de su esposo, cuando

los hizo traer de Berruecos, donde fueron sepultados. En mi niñez, conocí a esta señora y observé que la iglesia frecuentada por ella todos los días era la de la Compañía, muy próxima a su casa.

En el año de 1894, cuando, por segunda vez, se buscaron en vano los restos de Sucre en San Francisco, entonces supe yo casualmente que no estaban allí, sino en la iglesia del Carmen Bajo: esta noticia la dió en aquellos mismos días al señor Carlos Demarquet una señora Rivadeneira, anciana, la misma, que después se la comunicó al señor doctor Melo; el señor Demarquet era entonces Jefe Político de Quito y, como tal, presidía en las investigaciones, que se estaban haciendo en la iglesia de San Francisco: una tarde acercósele una señora y le dijo: "En vano están buscando aquí los restos de Sucre: esos restos no están aquí: yo sé dónde están: están en el Carmen Bajo". Demarquet ya muy disgustado por la actitud insoportable del señor Sucre, sobrino del Mariscal, le dijo a la señora Rivadeneira: "Señora, calle usted: guarde usted silencio. Cuidado diga usted a nadie nada. Este clérigo es inaguantable!"

No sé si el señor Demarquet dió o no crédito a la señora Rivadeneira. Lo cierto es que en aquella ocasión las intemperancias del señor Canónigo Sucre impidieron que se buscaran en el Carmen Bajo los restos del Gran Mariscal. La noticia dada por la señora Rivadeneira al señor Demarquet con la respuesta y resolución de éste, las supe yo esa misma tarde: me la refirió un amigo mío, a quien le contó lo ocurrido el mismo señor Demarquet.

El año de 1908, estando yo ya de Arzobispo de Quito, enfermó gravemente la Reverenda Madre María de la Concepción Jamesson, Priora del Monasterio del Carmen Bajo: fuí a visitarla, tanto por consolar como Prelado a la religiosa, cuanto con el propósito de hablar con ella acerca del hallazgo de los restos de Sucre.

Conocía yo a esta monja, la había tratado antes y la estimaba, porque era una señora adornada de prendas morales no comunes: después de hablar de varios asuntos relativos a los intereses espirituales de la comunidad, le dije: "Madre, ¿Usted fue quien avisó que los restos del General Sucre se encontraban depositados en la iglesia de este convento?"

"Sí, Ilustrísimo Señor: yo fui", me respondió la monja.

"¿Usted tuvo seguridad de decir la verdad?", le repuse yo.

"Sí, Señor Arzobispo: sí tuve seguridad", contestó la monja.

"¿No estaría usted engañada?", le observé yo.

Sonrióse la monja, y me replicó con entereza: "No Señor, no estuve engañada: me constaba bien lo que aseguraba".

"¿Y cómo le constaba a usted?" Le repliqué yo a mi vez.

Entonces la monja me hizo la relación siguiente. En este convento hubo dos madres Carcelenes, ambas tías de la señora Mariana, viuda de Sucre. Una de las madres, la Madre (no me acuerdo yo del nombre: la Madre Jamesson lo dijo y yo le he olvidado), era la heredera legítima del marquesado de Solanda, y, por la renuncia que de él hizo cuando profesó, lo heredó su sobrina, la señora Mariana. Esta venía muy a menudo a este convento, y, como tenía licencia, entraba adentro y visitaba a sus tías. Cuando el General Sucre fue asesinado, mandó traer su cadáver a Quito: lo trajeron en silencio y lo depositaron, a ocultas, en la hacienda que la señora Marquesa tenía en Chillo: ahí estuvo algún tiempo: después, asimismo en silencio, lo trajeron acá y lo sepultaron, a escondidas aquí. Pocas, muy pocas, contadas, éramos las monjas que sabíamos el secreto: yo era joven, muy joven entonces, y las Madres Carcelenes me querían mucho, y, por eso, supe yo todo.

Continuando su narración añadió: la señora marquesa, la señora Marianita solía venir acá, y aquí lloraba en silencio por Sucre, acordándose de él y de cómo lo mataron: mandaba celebrar misas y hacer sufragios por su alma. La hijita de Sucre estaba también enterrada aquí. La última vez que vino la señora estuvo en mi celda, y lloró más que otras veces.

La Madre Jamesson estaba con su inteligencia clara y su razón muy serena. Me acompañaba en esta visita mi Provisor, el señor don Pedro Martí, ahora Chantre de la Metropolitana: pocos días después de esta conversación, la Madre Jamesson falleció tan cristianamente como había vivido.



X Discurso del Ilustrísimo señor
doctor Federico González Suárez

*Natus est homo, princeps fratrum, stabilimentum populi:
Et ossa ipsius visitata sunt, et post mortem prop-
hetaverunt.*

*Varón nacido para ser el príncipe de sus hermanos y
el firme apoyo de su pueblo:*

*Sus huesos han sido encontrados, y después de su
muerte han profetizado.*

*Del LIBRO DEL ECLESIASTICO, capítulo cuadragésimo nono, versículo décimo séptimo
y décimo octavo.*

Excmo. Señor Presidente:

Honorables señores Ministros Diplomáticos:

Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo:

Señores:



OSOTROS me habéis llamado, y yo he venido, obedeciendo gustoso vuestro llamamiento: vosotros habéis querido que yo tomara parte personalmente en ésta vuestra solemne demostración de patriotismo, y yo, no sólo no he rehusado trasladarme acá, sino que he acudido puntualmente,

considerándome muy honrado con vuestra espontánea invitación: habéis deseado vosotros que también yo contribuyera a honrar con mi palabra la memoria del esclarecido Mariscal de Ayacucho, y yo, sin pesar mis propias fuerzas, y aconsejándome únicamente con mi sincero amor patrio, he puesto por obra vuestros deseos, he subido a este lugar sagrado y comienzo a pagar al Vencedor de Pichincha el tributo de reconocimiento, que a su memoria debemos todos los ecuatorianos.

En este tan numeroso concurso, reunido en el templo más augusto que tiene la República: en esta inmensa asamblea, donde se ha congregado lo más selecto, lo más distinguido, lo más respetable no sólo de la Capital sino del Ecuador entero, yo, al dar principio a mi discurso, saludo respetuosamente a la Nación toda, a la Patria, en cuyos fastos se recordará como una gloria nacional lo hecho en estos días memorables, porque en ellos nosotros los ecuatorianos hemos hecho obras propias de un pueblo verdaderamente civilizado.

Pero, hablaré con franqueza: el asunto sobre que debo tratar ahora es arduo, sumamente difícil y hasta cierto punto peligroso, y yo siento que con la edad he ido perdiendo todas aquellas cualidades, que contribuían en otro tiempo a que mi palabra se escuchara no sin disgusto. ¿Por qué lo había de ocultar?... En presencia de los restos mortales del barón egregio, a quien nunca inspiraron miedo las huestes enemigas por numerosas y aguerridas que fueran: cerca de los despojos terrenales de Sucre, tan sereno en el momento del combate, tan diestro en trazar acertadísimos planes de batalla, yo siento temor de hablar y me ha acometido el miedo: no sé cómo comenzaré a desenvolver mis pensamientos, ni acierto a combinar una idea con otra: vacilo y me encuentro indeciso. ¡Ah! Es porque en las batallas de la palabra es muchísimo más difícil alcanzar la victoria, que en aquellas en que se guerrea con la espada: en los

triumfos de la palabra jamás ha tenido parte hasta ahora la fortuna, ni la tendrá nunca: vencer con la palabra no está a merced de los caprichos de la suerte; y yo tengo de acometer ahora la fortaleza de vuestras convicciones políticas, donde se mantiene como atrincherado vuestro pensamiento. Cuando la verdad haya caído de golpe sobre vosotros, cuando la verdad os haya derribado en tierra, cuando yazgáis rendidos a los pies de la verdad, no seré yo, señores, quien habrá triunfado de vosotros, no: el triunfo será de la verdad, y solamente de la verdad, porque únicamente la verdad es la que vence y domina al altivo pensamiento humano.

Mas, como en las luchas del pensamiento humano la sinceridad es la que abre camino seguro a la victoria, yo resuelvo considerar de frente mi asunto, no disimular nada y tratarlo con llaneza y desembarazo; pero, ante todo, en este momento alzo primero mis ojos y mi corazón al Cielo y ruego al Dios de mis padres y Dios mío, que se digne poner en mis labios palabras que le den gloria.

La muerte dada alevosamente al General Don Antonio José de Sucre en la montaña de Berruecos, fue un crimen execrable, un gran crimen social, por la víctima sacrificada allí, por los pretextos que se alegaron para cohonestarlo y por la manera cómo se lo puso por obra. Sin embargo, como en la historia de todos los pueblos hay siempre necesariamente dos horas solemnes, la hora del crimen y la hora de la reparación, el crimen cometido en Berruecos ha debido ser reparado; y ¿cómo había de serlo, sino honrando a la víctima y detestando los motivos por qué fue inmolada?

Sí, señores: en la historia de todos los pueblos hay siempre necesariamente dos horas solemnes: la hora de la libertad humana y la hora de la Providencia divina: la hora de la libertad humana es por desgracia, (porque el hombre abusa de su libre albedrío), la hora

del crimen, y la hora del crimen trae consigo precisamente la hora de la reparación, que es la hora de la Providencia: esa hora tarda, pues Dios no se apresura nunca, porque Dios es dueño del tiempo y de la ternidad. Dos solos hilos tejen la oculta trama de la historia humana: la libertad del hombre y la Providencia de Dios: sin la libertad de la criatura racional humana y sin la intervención de la Providencia divina, la historia del linaje humano sería un enigma y un enigma tristísimo y pavoroso.

En el suceso de Berruecos consideremos esas dos horas: la hora del crimen y la hora de la reparación: la hora del abuso de la libertad humana y la hora de la Providencia divina. Meditando despacio mi asunto, he juzgado oportuno aplicar al General Sucre las palabras, que en elogio de José, el hijo predilecto de Jacob, se leen en el Libro del Eclesiástico: *Natus est homo, princeps fratrum stabilimentum populi. Barón nacido para ser el príncipe de sus hermanos y el firme apoyo de su pueblo. Et ossa ipsius visitata sunt, sus huesos han sido encontrados, et post mortem prophetaverunt, y después de muerto han profetizado.*

I

Yo, sacerdote; yo más que sacerdote, Obispo, es decir hombre de paz y cuyo ministerio es de paz: yo, que amo tanto la paz; yo, que vivo predicando la paz; yo, que me sacrificaría gustoso por la paz, ¿sabéis, señores, a dónde os voy a conducir ahora con la consideración? ¿Sabéis a dónde?... ¡Nada menos que a un campo de batalla!...

Era una mañana, en los primeros días del mes de Diciembre, cuando este siglo décimo nono, que está ya a punto de terminar, no había concluído todavía ni siquiera la primera cuarta parte de su vertiginoso

curso: allá en el extremo meridional del entonces Virreinato del Perú se hallaban avistados dos ejércitos, y se aprestaban a reñir la batalla más trascendental de cuantas se habían librado, desde que en el continente americano comenzaron los combates por la emancipación de las colonias españolas. Esos dos ejércitos eran muy desiguales; en todo desiguales, menos en el valor y el ardimiento: el ejército español, numeroso, bien equipado y hasta aquel día acariciado por la fortuna en una serie de triunfos: el ejército patriota, escaso, casi desnudo y falto de alimento... Pero ¿para qué me detengo a narraros lo que vosotros sabéis muy bien? ¿Para qué canso vuestra atención describiendo escenas de ninguno de vosotros ignoradas?

Ese campo de batalla era el campo de Ayacucho: el sol se levantaba sobre el horizonte y derramaba sus rayos por el cielo, alumbrando serenamente a entrambos ejércitos: mas, cuando hubo llegado a su cenit, ya se había hundido en el ocaso y traspuesto para siempre el sol de la dominación española en el Nuevo Mundo: el astro de la libertad brillaba espléndido y sin sombras sobre el continente americano. Sucre había vencido: el aguerrido ejército español estaba derrotado. El triunfo de Sucre no era un golpe favorable de la fortuna, sino el resultado del talento del vencedor para combinar el plan de la batalla, de su serenidad admirable durante el combate, de su valor indomable y de su entereza militar, en la cual entre tantos valientes no tenía rival.

Joven todavía y ya lleno de merecimientos: la emancipación de Colombia y del Perú estaba consumada y asegurada, merced a su valor de guerrero sin par y a su prudencia de atinado gobernante: en Ayacucho coronó su triunfo con la clemencia, y lo que las armas no habrían alcanzado se debió a su magnanimidad. Y ¿quién era Sucre? ¿De dónde venía?

Joven por la edad, antiguo por la gloria, trajo victorioso el pabellón tricolor del Iris, desde las playas ardientes del Orinoco hasta las faldas del Pichincha, y de aquí lo llevó hasta la cima del helado Potosí: adolescente por los años de su vivir, y ya varón provento por los méritos contraídos en la guerra de la emancipación americana, lo hubiérais visto enrolado en las filas del ejército de Venezuela, trazando con el compás del matemático planos para el combate, y esgrimiendo diestramente la espada, esa espada suya, que nunca tornó sin gloria a reposar en la vaina. Firme, perseverante, nunca desalentado, sabía aprovecharse hasta de la misma derrota para poner en fuga más tarde, a aquellos mismos a quienes la fortuna caprichosa les había hecho gustar la satisfacción de triunfos pasajeros, como para poner mayor amargura en sus irreparables derrotas posteriores. Así, el triunfo de Pichincha puso remate a la tregua pactada después del fracaso de Huachi.

Pero, bien pudiérais, señores, interrumpirme, haciéndome una observación. Hay mucha diferencia entre la fortuna y la gloria: la gloria, la gloria verdadera, no la alcanza sino quien vence en guerras justas. Cierto, así es: mas ¿pensáis que la guerra de nuestra emancipación de la Metrópoli no fue guerra justa?... El nombre de Sucre es deveras glorioso, porque siempre triunfó en guerras justas: su espada no estuvo nunca ni un momento tinta en sangre fratricida, en sangre derramada en guerras civiles, nunca: siempre la esgrimió para defender la libertad; y la habría convertido en arado, antes que desenvainarla en contiendas civiles, por eso ahora, ¡vedla... tendida ahí junto a la urna cineraria, no acusa la memoria del difunto!

Las colonias americanas eran dependientes del Gobierno español, pero no formaban parte integrante de la agrupación política conocida con el nombre de Nación española: eran regidas por leyes especiales y

sus moradores no gozaban de los mismos derechos que poseían los súbitos que vivían en España: no había fueros ni existían privilegios. Distantes de la Metrópoli y muy alejadas del lugar donde residía el Soberano, la administración de justicia era tan lenta y tardía, que el crimen y los delitos disfrutaban de una mal disimulada impunidad. Los colonos no podían, de ordinario, aspirar a otra cosa que a vivir en una vida tranquila, pero muy oscura; pues, entre otros varios defectos, el régimen colonial tenía el de absorber la actividad individual, conservando a los pueblos en perpetua tutela. El Gobierno lo hacía todo, y todo lo esperaban del Gobierno los colonos, sin que tuviesen ni siquiera idea de la iniciativa municipal ni de la fuerza vital y progresiva de las asociaciones particulares para provecho común.

España decaía, mientras otras naciones europeas prosperaban y era inevitable que las colonias americanas o se constituyeran en naciones independientes para gobernarse por sí mismas, o perecieran, perdiendo no sólo su territorio, su religión, sus costumbres, sino hasta su mismo idioma materno, conquistadas y absorbidas por naciones más poderosas que la Metrópoli. Las colonias anglo-americanas, habían sacudido el yugo de la dominación inglesa, dirigidas por el insigne Washington: España, sin marina y sin recursos, ¿hubiera podido defender a sus colonias americanas?... Hoy, todavía el gigante inglés tiene su mano de hierro asentada sobre las rocas de Gibraltar, en el suelo mismo de España... ¿qué habría sido de las colonias americanas?

España, además, no podía conservar por más tiempo secuestrado todo un continente, sin libertad de comercio con las otras naciones civilizadas del mundo: el bien y el adelantamiento de las colonias no era, pues, justo que continuaran subordinados perpetuamente tan sólo al bien y provecho de España. No hay para qué confundir la guerra de nuestra

emancipación con la rebelión de un pueblo levantisco contra la autoridad legítima: las colonias reclamaban de la Metrópoli un derecho legítimo, y la Metrópoli no fue justa cuando, en vez de derecho legítimo reclamado por las colonias, les declaró la guerra. Y ¡qué guerra! Señores, ¡qué guerra!

San Agustín en el Libro de su Ciudad de Dios, hablando de la paz que dió Sila a los romanos después de la derrota de Mario, hace una observación, que puede aplicarse muy bien a la paz que el Gobierno español comenzó a dar a los americanos, después que la fortuna de la guerra les fue adversa a éstos. La paz de Sila, dice San Agustín, compitió en crueldad con la guerra y la venció. Pax cum bello de crudelitate certavit et vicit. Tal fue la paz de Morillo, de Morillo, llamado por ironía el pacificador. Sucre sabía vencer a los españoles no sólo en los campos de batalla sino también en el terreno de la discusión diplomática: ablandó el fiero corazón de Morillo y concluyó con él aquel célebre tratado de la regularización de la guerra, monumento imperecedero de los sentimientos humanitarios y nobles del invicto Mariscal.

Los grandes hombres suelen tener entre sus virtudes una especial, que descuella sobre todas las demás, y por la cual se acentúan los rasgos de su fisonomía moral: la virtud característica de Sucre fue la modestia. Una modestia magnánima, que realzaba y abrillantaba el mérito extraordinario de tan excelso varón, verdaderamente nacido para ser el príncipe de sus hermanos. Princeps fratrum.

Como soldado se distinguió por su obediencia, por su subordinación: en la campaña del Perú se vió al Vencedor de Pichincha conduciendo los enfermos de la ambulancia y los equipajes de la tropa, como un capitán oscuro, a retaguardia del ejército, para obedecer la orden de Bolívar. Con qué moderación supo después presentar sus observaciones

al Libertador! ¡Cómo competían en patriotismo los dos grandes hombres!

En los congresos, Sucre se manifestó siempre moderado en sus opiniones, dueño de sí mismo, lleno de benevolencia para con todos. Sorprende, asombra una moderación tan grande con méritos tan eminentes, en un joven, y en un joven militar, gente de suyo más expuesta al envanecimiento. ¡Oh! Señores: Sucre para mí fue un gran hombre, un héroe; ¿Sabéis por qué Sucre me inspira tanta admiración?... Porque fue modesto; porque poseyó la virtud de los varones dotados de un gran corazón; la modestia, ese velo tan hermoso, que el verdadero mérito suele echar sobre su propia grandeza. Como militar, como ciudadano, como magistrado, Sucre siempre fue modesto: sin ambición, sin codicia, (ese orín de las almas ruines), elegido Presidente Vitalicio de Bolivia, declaró, y con el corazón en la mano, que no regiría los destinos de la nueva República sino por dos años; y, antes de concluídos los dos años, dejó puesta en manos del Consejo de Estado su renuncia, y se ausentó del país. Inteligente, discreto, generoso, llevaba de veras en su carácter la semejanza divina. Era bueno: el carácter de Dios ¿no es, acaso, la bondad, la suma bondad? Cuando el Todopoderoso quiso criar al hombre, tomó un poco de barro, modeló el cuerpo del hombre y sobre su faz sopló soplo de vida, haciendo al hombre a imagen y semejanza suya.

Sucre limpio y honesto en sus costumbres, culto en su lenguaje, urbano en sus palabras, era una maravilla viviente de moralidad en medio de la vida libre de los campamentos: la guerra había endurecido su cuerpo, al parecer endeble y nada gallardo, pero había dejado intacta la delicadeza de su alma verdaderamente cristiana. Sucre practicó más de una vez una virtud evangélica, la más ardua, la más difícil, la más sobrehumana de tantas virtudes

enseña y predica el Cristianismo: Sucre supo perdonar a sus enemigos!!!

No hablo, señores, de esas acciones magnánimas tan sabidas y tan ruidosas: no hablo de esos hermosos remates, que Sucre solía poner en la guerra, tratando tan humanitariamente a los vencidos, como sucedió en Pichincha, Ayacucho y más tarde en Tarqui, no, no hablo de eso. Tácito, en el libro décimo tercero de sus anales, llama hermosos remates de la guerra a esos, en que el vencedor, después de la victoria, trata blandamente a los vencidos. *Bellorum aegregios fines quoties ignoscendo transigatur.* Sucre sabía rematar hermosamente la guerra; tan hermosamente, como para honra de la América toda, supo rematarla después de su espléndida victoria de Ayacucho, que terminó con abrazo de hermanos entre vencidos y vencedores; pero no hablo ahora yo de eso. Sucre fue aborrecido y tuvo enemigos gratuitos: el veneno, el puñal y las balas se compraron para quitarle la vida, esa vida, que tan necesaria era a las nacientes repúblicas sudamericanas! Sucre tuvo en sus manos la vida de sus enemigos; y pudiendo acabar con ellos, dejándolos a merced de la justicia, les perdonó, y hasta los favoreció. En Chuquisaca, las balas de los ambiciosos revolucionarios no fueron los únicos precursores de los disparos mortales de Berruecos: el veneno, esa arma con que las víboras arman sus odiosos colmillos, se anticipó a las balas de Chuquisaca y de Berruecos. Si Sucre hubiera podido hablar en Berruecos, no temo asegurar, que sus últimas palabras habrían sido para perdonar a sus asesinos. ¡Ah! ¡Asesinos!... Esta palabra me pone en la necesidad de comenzar a discurrir ya acerca de los pretextos, con que se pretendió coonestar un crimen tan abominable.

II

El Libertador, en su Mensaje al Congreso de Colombia reunido en Bogotá en 1830, decía: La independencia es el único bien que nos ha quedado; pero a precio de todos los demás. En boca del Libertador estas palabras son muy significativas: las pronunció ante el Congreso en que presidía Sucre, ante ese Congreso, llamado admirable por el mismo Bolívar. ¿Con que, el año de 1830, en que Sucre fue asesinado, ya en Colombia, en la Gran Colombia, no había más bien que la Independencia? ¿Con que, todos los demás bienes se habían perdido? ¿Tan pronto? ¿Apenas fundada la República? Bolívar, ¿talvez, exageraba? Su alma, angustiada y enferma por los desengaños, ¿Ponderaba, acaso, el mal y lo creía mayor de lo que era en realidad?...

El asesinato de Sucre coincidió, señores, con la formación y aparecimiento de los partidos políticos en la gran República de Colombia: formación, aparecimiento de partidos políticos es decir, principio del odio de unos ciudadanos contra otros, comienzo del aborrecimiento mutuo de los hijos de una misma patria!...

Pero, cuando comienza el odio en una nación, entonces comienza necesariamente su decadencia: sí, señores, sí: el odio de unos ciudadanos contra otros es el origen y la causa de la decadencia, del retroceso, de la ruina de los pueblos. El día, en que estalla el odio, ese día comienza la ruina del pueblo. ¿Queréis que os la demuestre? ¿Seréis tan tolerantes conmigo, que me escuchéis, serenos lo que os voy a decir?

El asesinato de Sucre, cometido tan a sangre fría en la montaña de Berruecos, el 4 de Junio de 1830; el asesinato de Sucre, ejecutado alevosamente; el asesinato de Sucre, previsto y sabido por todos y anunciado públicamente con anticipación, coincide con el aparecimiento de los partidos políticos, es decir,

del odio, en la Gran Colombia. ¿Cuándo fue asesinado Sucre? ¿Cuándo?... ¿Cuándo en Colombia, en la Gran Colombia, habían desaparecido todos los bienes, y no quedaba más bien que el de la Independencia!... ¡Santo Dios!... Aún estaba humeante todavía la sangre de los patriotas, que para granjearnos la independencia, se habían sacrificado en Bomboná, en Pichincha, en Ayacucho, y ya se habían perdido todos los bienes!... Habían nacido los partidos políticos, y el odio había nacido también con ellos!...

Detengámonos un momento; respiraré, estoy fatigado.

Si estudiáramos detenidamente la historia del crimen cometido en Berruecos en la persona del General Sucre, nos convenceríamos fácilmente, de que ese crimen fue un resultado de cálculos políticos.

El General Sucre no fue asesinado en un momento de exaltación, ni en un raptó de cólera: el General Sucre fue asesinado a sangre fría.

Los crímenes, cometidos a sange fría, no pueden explicarse, sino reconociendo que la verdad se ha ofuscado en la mente de los criminales, y que, a consecuencia de la ofuscación de la verdad, el egoísmo ha ocupado en el corazón el lugar de las virtudes. El egoísmo, engendrador fecundo del odio. El espíritu de partido, en los países regidos por instituciones democráticas, priva a los ciudadanos del dominio sobre sí mismos, y mata en el corazón de ellos todas las afecciones benévolas: el espíritu de partido hace a los ciudadanos desleales e injustos: el espíritu de partido pone una venda negra en los ojos del alma y la deja impotente para examinar las cosas con libertad: el espíritu de partido no hace solamente eso: daña a los mejores, contagiándolos con la roña de la envidia. Sucre fue víctima de la envidia.

El espíritu de partido no vacila en echar mano de la denigración y de la calumnia; y Sucre fue calumniado y denigrado, atroz e infamemente.

¿Qué más hace el espíritu de partido?... Efectos necesarios del espíritu de partido son las preocupaciones, los juicios precipitados, la terca malevolencia y el obstinado capricho en vencer. ¿Qué otros frutos da el espíritu de partido? ¡El espíritu de partido engendra la cólera súbita y los ocultos rencores: no busca sinceramente la verdad, apoya ideas, sostiene opiniones, por odio a las personas, que son apoyadores o factores de ideas y de opiniones contrarias. Cuando Sucre fue asesinado había en Colombia, dos bandos políticos: el uno, acaudillado por Bolívar, el otro, enemigo del Libertador, a quien calificaba de tirano, y contra cuya vida afilaba, a la luz del día, en las calles de Bogotá, el puñal del asesino. ¿Cuál de estos dos partidos sería el verdadero sostenedor del orden público? ¿Cuál?... Contestadlo vosotros mismos.

Bolívar comenzaba su mensaje al Congreso admirable de Bogotá, protestando dolorosamente, que en Colombia todos los bienes morales estaban perdidos, y que el único bien, que no se había perdido todavía, era el de la independencia. Todavía había Patria; pero, patria dividida, o, lo que es lo mismo, patria, que ya había comenzado a arruinarse. ¡Y cuán cierto era que ya, tan prematuramente, había comenzado la ruina de Colombia! ¿Cómo había comenzado? ¿Por qué?... Habían nacido los partidos políticos, y, con ellos el odio de unos ciudadanos contra otros, disputándose el monopolio de la cosa pública. De Belisario, aquel famoso guerrero de la Edad Media, terror de los Búlgaros y de otros pueblos bárbaros; de Belisario, que, con sus victorias, contribuyó a sostener el vacilante imperio de Constantinopla, cuenta la leyenda que, reducido a la mendicidad, se dejaba estar sentado sobre una piedra, en los caminos públicos, pidiendo limosna a los transeúntes. Dad una limosna, decía, a este pobre viejo, ciego, que fue el vencedor de los Búlgaros:

una tierna niña le servía de lazarillo al anciano. Calumniósele ante el Emperador Justino, de que se quería alzar con el mando, y el Emperador, crédulo en demasía y envidioso de la gloria de su General, mandó confiscarle todos sus bienes y arrancarle entrambos ojos, pagando al leal servidor del imperio con la ceguera y la mendicidad. Colombia hizo más con Bolívar: para el Libertador de medio mundo americano no hubo siquiera una tosca piedra a la orilla de un camino público: cuando el puñal del asesino quedó burlado, entonces hasta la ciudad de su mismo nacimiento le cerró sus puertas a Bolívar; y el fundador de Colombia, proscrito de Colombia, se iba camino del ostracismo; mas la muerte se acercó a él y le abrió las puertas de la eternidad, librando a Colombia de la afrenta, que, necesariamente, habría caído sobre ella, si Bolívar hubiera ido a mendigar el pan de la vida en tierra extranjera. ¡Tristes consecuencias del odio de los partidos políticos!

Las verdaderas nociones del orden y de la libertad se habían alterado, y Colombia comenzaba a ser presa del error. ¡El orden! ¡La libertad!... Mas, ¿qué es el orden? ¿Cuál es la verdadera noción de la libertad política? ¿Quién nos dará una definición exacta de la autoridad? San Agustín, que tantas verdades luminosas ha esparcido en el mundo, ha dado de la paz una admirable definición: la paz, dice el gran San Agustín, es la tranquilidad del orden. Pax tranquillitas ordinis: el orden da a cada cosa su lugar; y la paz pública nace de que, magistrados y ciudadanos guardan el orden en mandar y en obedecer. En el concepto erróneo de la libertad, se tiene como flaqueza someterse al orden: empero, la obediencia es la virtud de las almas fuertes, porque, quien obedece es vencedor de sí mismo, y ha llegado a dominar sus instintos orgullosos y sus pasiones egoístas.

La libertad no es la licencia, ni menos el libertinaje: la libertad es el poder de hacer todo lo que

debemos hacer, sin que la autoridad nos constriña de ninguna manera a hacer lo que no nos es lícito querer. Porque, sin moral no hay libertad; y la moral no es invención humana, ni el Estado tiene poder ninguno sobre la moral: el Estado, como órgano del derecho, es un poder meramente directivo, y no puede trastornar a su antojo la naturaleza de los deberes morales.

Estas sencillas nociones del orden, de la libertad y de la autoridad se habían alterado grandemente en la Gran Colombia el año de 1830; y de ahí el odio de los partidos políticos, y de ahí el crimen de Berruecos. Sucre era una garantía para la conservación de la paz. Sucre era el más firme apoyo del orden, y era necesario eliminarlo, quitarlo del medio, darle muerte, y antes calumniarlo, hacerlo sospechoso y entregarlo a la furia desapoderada de los partidos; y Sucre fue calumniado, y la prensa periódica lo denigró, y sus enemigos políticos denunciaron como criminales hasta las secretas intenciones del héroe de Pichincha y de Ayacucho. El crimen de Berruecos coincidió con el nacimiento de los partidos políticos de Colombia; y el nacimiento de los partidos políticos, en los pueblos regidos por instituciones democráticas, es el comienzo del odio ciego, intransigente de unos ciudadanos contra otros; es el principio de las divisiones y la causa de la ruina de los pueblos. El crimen de Berruecos fue la primera piedra miliaria, puesta en el camino del odio: desde entonces acá cuántas llevamos puestas!!!... Señores, tened paciencia y oidme: la Gran Colombia, la Colombia fundada por Bolívar, desapareció antes que el Libertador descendiera a la tumba; y, desde entonces hasta ahora, del Orinoco al Amazonas, de las playas del Atlántico a las costas del Pacífico, el incendio del odio se ha propagado, sus llamas cunden, el soplo del partidismo está atizando esa hoguera: día vendrá, ojalá Dios misericordioso aleje ese día; día vendrá cuando la patria habrá desaparecido, y no quedará más que un inmenso

campo de Batalla, donde los ciudadanos se harán guerra unos a otros, guerra de odio, guerra fratricida, guerra exterminadora!!

III

Veamos ahora la manera cómo se ejecutó el crimen. Concluido el Congreso de Bogotá, se puso en camino inmediatamente para Quito el General Sucre: en esta Capital había fundado su hogar, y deseaba llegar pronto acá, para descansar en medio de su familia. Los asesinos estaban observando su marcha, le seguían los pasos y le tenían contadas todas sus jornadas: habían elegido de antemano el punto donde querían asesinarlo, y era preciso no perder tan oportuna ocasión.

El proyecto no era un secreto para nadie. Sucre llegó cerca de la montaña de Berruecos; sus asesinos se adelantaron, tomaron puesto anticipadamente, en el lugar más cómodo para ejecutar su crimen, y esperaron a la víctima. En la mañana del día cuatro de Junio, Sucre continuó su viaje: eran las ocho de la mañana: los viajeros comenzaron a entrar en el sendero estrecho y difícil; caminaban despacio, uno en pos de otro: los asesinos, puestos en asecho, los estaban mirando, callados por entre el tupido ramaje del bosque, y acomodaban diligentemente, sus fusiles, para dar en el blanco, que era el pecho del Mariscal de Ayacucho: Cuando Sucre llegó a su alcance, disparó uno de ellos, y, con su bala homicida le traspasó el corazón: al punto dispararon también los otros tres, procurando acertar sus tiros a la cabeza y al cuerpo de su víctima, recelosos de que ésta no hubiese sido herida de muerte con el primer disparo. ¡Ay! Balazo!! exclamó Sucre, y, haciendo ademán de tocarse el pecho, soltó las riendas de su cabalgadura y cayó al

suelo... Al estallido de los tiros, la escasa comitiva se dispersó y se entregó a la fuga aceleradamente... Un asistente, el señor García, Diputado por Cuenca, y un criado, esa era aquel día toda la comitiva del Gran Mariscal de Ayacucho.

El asistente y el Diputado, como venían delante, corrieron con dirección a Pasto: el criado retrocedió hacia la Venta, de donde aquella mañana habían salido, como una media hora antes.

El Jefe de los asesinos, a quienes llamaremos desgraciados, puso en mano de sus tres compañeros diez pesos, como paga del crimen que le habían ayudado a ejecutar: paga mezquina, pero excesiva para hombres tan ruines hasta en el crimen. Todos cuatro eran soldados licenciados de los ejércitos de Colombia, gente de pocas obligaciones y habituada a la obediencia rigurosa de los cuarteles.

Entre tanto, el cadáver de Sucre yacía en el camino público, tendido en el lodo y expuesto a ser pisoteado por los caballos de los pasajeros. Eran las nueve de la mañana apenas, cuando fue asesinado: repuesto del susto, regresó su criado; pero el ruido de las hojas de los árboles lo puso de nuevo en fuga: tan aterrado estaba!... Más tarde, pasaron unos caminantes; se detuvieron un momento, contemplando el cadáver, y, llegados a la casa de uno de los principales asesinos, a la una de la tarde, lo encontraron tañendo tranquilamente su guitarra!

Empero, iba viniendo ya la noche; la oscuridad del bosque se hacía más y más negra por momentos: el cadáver continuaba abandonado en el fango. Llegó la noche, las tinieblas eran densas; y el silencio de aquel sitio siniestro era interrumpido solamente por el ruido quejumbroso, que formaba el viento, agitando de cuando en cuando el denso follaje de la selva. Al fin, salió la luna y fue aclarando poco a poco, cual lámpara sepulcral, que una mano amiga comenzara a levantar sobre aquel lugar solitario: con los rayos

melancólicos, que atravesaban al través de las ramas de los árboles, se hubiera podido ver el cadáver de Sucre, tendido en el cieno: en su rostro demacrado y pálido estaban patentes las huellas de su rápida y dolorosa agonía: en sus facciones, aunque desfiguradas por la muerte; en su frente, lívida y empapada en sangre, se descubrían las señales de la resignación.

Al día siguiente, el fiel criado de Sucre rogó a dos sencillos campesinos que le ayudaran a dar sepultura a su General: recogieron el cadáver, cavaron una sepultura, y, precipitadamente, como a hurtadillas, lo enterraron, llenos de inquietud y sobresalto. Arrancaron del bosque dos ramas de árboles, formaron con sus troncos una cruz rústica, y la plantaron a la cabecera de la sepultura: la cruz tendió sus brazos pacíficos para proteger y hacer sombra a los restos mortales del invicto guerrero, que quedaban abandonados, durmiendo el sueño eterno en aquella lóbrega montaña, teatro del crimen. La cruz, puesta por la mano del fiel criado sobre la sepultura de Sucre, en la montaña de Berruecos, fue entonces la única protesta de los allegados de la víctima contra sus asesinos. La cruz, la santa cruz, estaba ahí clamando contra el crimen, y dando voces contra la iniquidad, porque la cruz es el símbolo de la moral cristiana.

Entre los enemigos de Sucre hubo uno sobre quien ha caído la execración de la posteridad: él mismo anunció para sí ese castigo, tal vez, sin caer bien en la cuenta de lo que decía. Este, tomando dinero de las arcas nacionales y fingiendo despachar una escolta de soldados en persecución de los criminales, puso los medios para cerciorarse de que Sucre había muerto: la escolta llegó al lugar en que Sucre fue asesinado, notó la sangre sobre el fango y, por la huella de la sangre, dió con la sepultura: removieron sin dificultad la tierra todavía fresca, desenterraron el cadáver, lo examinaron y volvieron a sepultarlo: era Sucre, no había cómo dudarlo! Con los pies arrojaron tierra

sobre la fosa, para terminar pronto su faena, faena de asalariados del crimen. Y ¿la cruz?... ¡Ah! ¿la cruz? ¿Para qué habían de volverla a poner?... ¿Pone, acaso, el asesino la cruz sobre el sepulcro de su víctima?...

El desgraciado autor del crimen de Berruecos había tomado unos cuantos soldados, y, de soldados, había hecho no diré verdugos, sino asesinos: el verdugo, al fin, levanta el hacha de la ley sobre el cuello de sus víctimas!... A esos asesinos les dió la merced o soldada con el dinero de la República de Colombia, empapado en la sangre de Sucre; y aquellos miserables hubieron de saciar su hambre con el pan de la afrenta y del crimen... Poco después, en hora oportuna, no faltó otra mano mercenaria, que derramara veneno en la comida de ellos!... Fueron eliminados!!... ¡Convenía eliminarlos!!!...

He dicho, señores, que la muerte dada a Sucre en la montaña de Berruecos fue un crimen social, y lo fue, porque de la responsabilidad de aquel crimen participaron, más o menos, en aquella época todas las clases o jerarquías de la sociedad. La justicia, por lo pronto, se cruzó de brazos, y los criminales anduvieron impunes nueve largos años, hasta que la Providencia, por aquellos caminos secretos que ella conoce, los puso en las gradas de los tribunales; y entonces los jueces no pudieron menos de castigarlos. La opinión pública fue extraviada adrede; una juventud, que se había lanzado prematuramente a la arena de la política, gritaba que estaba sirviendo a la patria, cuando arrimaba su hombro para encumbrar al solio presidencial, a cierto desventurado, que merecía el patíbulo... Pero, basta: las solemnes funciones de duelo, que hemos celebrado en estos últimos días, son funciones reparadoras: la moral, por nuestra parte, está satisfecha, está vengada... Apaguemos el odio, que, ahora, nos va consumiendo: el odio de unos ciudadanos contra otros coincidió con el asesinato de

Sucre, porque habían nacido los partidos políticos, y, con ellos y por ellos, el odio... Démonos todos ahora unos a otros el abrazo fraternal de la caridad cristiana. Yo no odio a nadie, absolutamente a nadie, señores: yo amo a todos, aunque de muchos soy cruelmente odiado.

Hemos considerado la hora del crimen; hablaremos ya de la hora de la reparación.

IV

Si consideráramos los sucesos humanos desde un punto de vista meramente natural, no acertaríamos a explicar algunos enigmas del orden moral: es necesario levantar los ojos al Cielo, y buscar en lo alto los designios adorables de la Providencia. Parecía que un hombre como Sucre, tan eminente, tan moderado, tan benemérito: un hombre, que hasta en la guerra habría procurado con anhelo ahorrar el derramamiento excesivo de sangre humana; parecía que un hombre, tan pacífico, debiera morir lleno de días, tranquilamente en su lecho, bendiciendo a los hijos de sus hijos: mas, no sucedió así. El crimen le salió al encuentro y le dió muerte violenta cuando no llevaba andada todavía ni la mitad del camino de la vida. Según la frase hermosa de la escritura Santa, parecía que Sucre debiera haber terminado tranquilamente sus días, recogido por la muerte en honrosa ancianidad, a la manera que el segador recoge la espiga granada, madura y en sazón, y la guarda, satisfecho, en su panera: empero, la mano del crimen tronchó la planta, cuando estaba más lozana y más llena de vida!...

¡Morir!... ¡Ah! ¡Siempre es amargo morir!... Y ¡morir en edad temprana, y morir asesinado alevosamente, y morir, cuando venía apresurado,

deseando llegar pronto al hogar doméstico, cuyas dulzuras ansiaba gozar, ¡ah! debió ser muy amargo morir!... Sucre había recibido avisos repetidos de que iba a ser asesinado; pero no lo creía: era tan moderado, no tenía ambición ninguna; su conciencia, recta y honrada, estaba tranquila: confiando en su inocencia y aguijoneado por el cariño de esposo y el amor de padre, venía a Quito, llevando contadas todas las jornadas, para llegar a esta Capital en un día dado, y celebrar aquí la fiesta doméstica de su cumpleaños, el primer cumpleaños que el Gran Mariscal debía festejar en medio de los suyos, en la paz de su hogar, sentado a la mesa de familia y regalado por una música que había de empapar en plácido regocijo su alma. ¿Queréis saber qué música era esa, señores?... ¡Esa música era la infantil sonrisa de su tierna hija: esa niña, su primera y única hija, en quien Sucre idolatraba con amor de Padre!... Mas, el crimen le saltó en medio camino, y los anhelados festejos de familia se trocaron en sangriento duelo!... ¡Oh! Ceguera cruel del odio. ¡Oh! Ceguera del odio de los partidos político!...

El alma delicada de Sucre, herida por la calumnia, amargada por la ingratitud, marchita por la traición, suspiraba por la paz del hogar doméstico: allí, el Vencedor de Ayacucho esperaba encontrar reposo, dejando caer su cabeza dolorida en el seno de su noble y casta esposa!... Pero, ¡ay!... para esa cabeza, coronada de gloria, no hubo sino el fango inmundo de un camino público en Berruecos, y allí cayó, rota por la bala fratricida!!!...

La hora del crimen no penséis, señores, que es la hora del triunfo de la iniquidad, no es; no lo es... Dios permite el mal; el hombre abusa de su libre albedrío, pero la Providencia queda glorificada, porque el mal sirve para que las almas generosas practiquen virtudes heroicas. El corazón del hombre es un tesoro, dice Jesucristo, y ciertas virtudes

acaudaladas en ese tesoro, han menester de la mano del mal para brillar a lo exterior. Cor hominis thesaurus. ¿Cómo se practicaría la paciencia, sin tribulaciones? ¿Cómo la magnanimidad, sin enemigos? ¡Ah! ¡Los enemigos!... ¡Ellos son quienes construyen el pedestal de la gloria para los grandes hombres!...

Las persecuciones arruinan a los débiles y engrandecen a los fuertes. He leído no sé dónde, que las gacelas, cuando comienza a soplar el simoún en los desiertos de Africa, se echan a correr y huyen, temblando: asustadas, desfallecidas, caen al fin sobre la arena caldeada, y allí se tienden a morir; una lágrima empolvada rueda lentamente de sus ojos amortecidos, en las angustias de la agonía. Imagen de las almas débiles, que sucumben a la tribulación. El león, cuando siente formarse el torbellino inflamado, vuelve hacia el horizonte su cabeza, con entrambos brazos se afirma en el suelo, y, abiertas las fauces, aspira el fuego del aire, que vigoriza sus robustos músculos, y luego inclina su frente y deja que la tempestad pase rodando sobre él: vuela el simoún, y la fiera se siente más llena de vida. Imagen de las almas fuertes, combatidas por la tribulación. Volvamos a Sucre.

Sus enemigos lo asesinaron: la Providencia convirtió el crimen en ocasión de engrandecimiento para la víctima. La hora de la reparación llegó: es la hora de la Providencia: estamos en ella.

Por las venas de Sucre circulaba la generosa sangre castellana, mezclada con la no menos generosa sangre francesa: fundó su hogar en Quito, desposándose con una joven quiteña, de alcurnia ilustre. Doña Mariana Carcelén y Larrea, heredera del marquesado de Solanda, cuando el crimen de Berruecos desató el lazo conyugal que la unía con Sucre, volvió a encender su antorcha nupcial en el altar de Dios, como la viuda de Belén, Ruth, la de la

Biblia; pero conservó para con su sacrificado esposo un amor constante, convertido por la piedad en uno como culto religioso. Hizo desenterrar a ocultas los restos mortales de Sucre, y, asimismo a ocultas, los mandó traer a Quito: aquí buscó un lugar sagrado, y allí los escondió, confiando su secreto a corazones puros. En lugar sagrado, cerca del altar, allí los depositó, y allí acudía de continuo, para desahogar su corazón afligido, llorando en silencio. La dignísima Marquesa de Solanda lloraba callando, cumpliendo, como Ezequiel, la orden de Dios de gemir en silencio: Por tu esposa, le dijo Dios al Profeta, llorarás; pero en silencio. Ingemisce tacens.

Tomó los restos mortales de Sucre, y, a ocultas, los escondió donde la mano airada de las pasiones políticas no pudiera tocarlos. Jornandes, historiador de los Godos, cuenta que, cuando murió Alarico, sus soldados secaron el río que lame los muros de Cocenza: Cavaron en su álveo un hoyo profundo, y allí enterraron el cadáver de su rey: luego volvieron a echar el río por su antiguo cauce, escondiendo de ese modo los restos de Alarico para siempre a la venganza de sus enemigos. Cuando la viudad de Sucre depositó los restos de su esposo bajo el altar de Dios, intentó que sobre ellos se derramara la sombra del secreto; y la sombra del secreto se tendió sobre el sepulcro de Sucre, hasta que sonó la hora de la reparación. Et ossa ipsius visitata sunt.

Pasó la generación que había presenciado la consumación del crimen: formóse la posteridad imparcial y, por lo mismo, justiciera, y la hora de la reparación comenzó a llegar. Venezuela, Patria de Sucre, por medio de un Ministro respetable enviado a Quito, pidió al Ecuador los restos mortales de su esclarecido hijo; y el Gobierno del Ecuador resolvió entregarlos: abrióse el sepulcro, donde se tenía seguridad de encontrarlos, y los restos no fueron encontrados. Entre tanto, el pueblo ecuatoriano, del

Carchi al Macará, deploraba que el Poder Ejecutivo hubiese resuelto desterrar del Ecuador a Sucre, después de muerto.

Una segunda vez se tornó a buscar los restos de Sucre: Venezuela los volvió a pedir. Abriéronse las tumbas, se interrumpió el silencio de la muerte: las cenizas de los finados fueron manoseadas: el Gobierno ecuatoriano quería complacer con Venezuela, dejando hondamente disgustada a la Nación entera. Si Sucre hubiera podido hacer testamento, habría mandado, sin duda ninguna, que sus restos reposaran para siempre en Quito: sí, aquí en Quito, a la falda del Pichincha, la montaña de su gloria! Los restos no parecieron: los defendía un secreto, guardado providencialmente: empero, día llegó cuando esos huesos encontrados profetizaron. *Et ossa ipsius visitata sunt, et post mortem prophetaverunt.*

San Pablo, en su primera Epístola a los de Corinto, dice: Todo el que profetiza habla a los hombres, para edificarlos y para exhortarlos y para consolarlos. *Qui prophetat, hominibus loquitur ad aedificationem, et exhortationem et consolationem.*

Ad aedificationem. Edificar a los ciudadanos es hacerlos capaces de honrar la patria con sus virtudes: exhortar es estimularlos a ser cada día mejores, es decir más virtuosos. Los restos mortales de Sucre, sus huesos, que en este momento son visitados por la gloria, ¿acaso, están mudos?... Llevo, decía Sucre, después del motín de Chuquisaca, llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto: ahí, ahí está ese brazo roto; ahí, ese cráneo, fracturado, dando testimonio de los crímenes horrorosos, cometidos por el odio desapoderado de las pasiones políticas. Vuelto a la luz del sol, los huesos de Sucre han profetizado. *Post mortem prophetaverunt.*

El mismo gran Apóstol, tomando de los usos militares una comparación, nos exhorta a que, cuando

prediquemos la verdad, hablemos clara y francamente, de modo que nuestras palabras no puedan menos de encender el ánimo de nuestros oyentes. Si el soldado no hace sonar con arte la corneta, ¿quién se dispondrá para la pelea? dice San Pablo. Si incertam vocem det tuba, ¿quis parabit se ad bellum?... Cuando suena el clarín, combinadas diestramente sus notas, entonces palpita el pecho del guerrero: de esa urna cineraria saliendo está un grito, claro, de todos inteligible; ese grito nos exhorta al patriotismo. ¿Lo oís, señores?... ¡Anatema para el que no ame a su patria!!...

V

Es necesario concluir ya: he fatigado demasiado vuestra atención. Hace más de trescientos años, una tarde del mes de Diciembre, llegó Benalcázar a la llanura de Turubamba, próxima a Quito por el lado del mediodía: no diré los ejércitos, las muchedumbres de los indígenas habían sido completamente dispersadas por el conquistador español: éste, al otro día por la mañana, entró a la abandonada capital de los Shiris, y fundó una nueva ciudad. Con su espada desenvainada, fue trazando en el suelo el plano de este templo, y no tardaron en comenzar aquí las funciones del culto divino: el altar se levantó allí mismo, donde lo estáis viendo ahora, y aquí, en este mismo sitio, para nosotros tan histórico, los indígenas, apiñados en grupos silenciosos, se estuvieron observando, en muda curiosidad, la actitud de los conquistadores y las augustas ceremonias del culto católico: depuesto el ferrado yelmo, inclinada en religioso recogimiento la cabeza, hincadas ambas rodillas en tierra, asistían al divino sacrificio los conquistadores, mientras el sacerdote cantando la oración dominical proclamaba el sublime dogma de la

fraternidad cristiana: **Padre nuestro que estás en los cielos**, Pater noster, qui es in coelis. Delante de Dios, del Dios del Evangelio, no hay razas, y quedan borradas las divisiones de los hombres, porque todos somos hermanos.

Pasó el tiempo, la colonia creció: en su seno llegó a poseer elementos para tener vida propia: el trono de España quedó vacío, porque sus reyes renunciaron en provecho del famoso capitán del siglo la corona, que habían heredado de sus antepasados y el cetro con que regían ambos mundos; entonces ¿qué hicieron nuestros padres? ¡Ah! ¿Qué hicieron?... Declararon aquí, en este templo, que habían resuelto gobernarse por sí mismos, y en manos de su Obispo juraron sacrificarse por el bien de su pueblo; y el Obispo extendió sus manos consagradas y recibió el juramento de nuestros próceres. Empero, los gobernantes españoles se enfurecieron; y, tendiendo lazos a la honradez de los quiteños, redujeron a prisión a nuestros mayores, y luego ahí, en los calabozos donde los tenían aherrojados, los asesinaron a mansalva; y, para inspirar terror al pueblo, dieron orden a los soldados de salir por las calles y matar a los que encontraron: los soldados mataron mujeres y niños indefensos, y fue aquel un día de inconsolable duelo para nuestros conciudadanos. Los religiosos salieron de sus conventos, recogieron los cadáveres y les dieron sepultura: eran tantos, que la huesa se vió repleta de ellos... Ese día fue el día del crimen: España, en sangre de sus propios hijos comenzaba a empapar el suelo americano: ¿por qué España negaba a sus colonias la independencia, ese mismo bien inapreciable, por cuya defensa ella había luchado tan heroicamente en Bailén y Zaragoza?... Tristes aberraciones de consecuencias funestas.

Un día del mes de Mayo llegó Sucre a la misma llanura de Turubamba, acampó con su ejército en el mismo punto donde había sentado sus reales, siglos

antes Benalcázar: en la ciudad estaban las tropas realistas, bien disciplinadas, valientes y descansadas: los patriotas, rendidos de cansancio, esperaban con ansiedad que amaneciera el nuevo día, y el nuevo día amaneció, sereno, aunque medio envuelto en brumas. Sucre, con aquella mirada rápida del genio, combinó el plan de la batalla y se hizo cargo hasta de las más menudas circunstancias, previniéndolo y arreglándolo todo. El ejército patriota ascendió a las elevadas lomas del Pichincha, desplegó al viento de los Andes el pabellón tricolor de la República y esperó el ataque de los realistas.

En la ciudad, en ésta nuestra Capital, reinaba hondo silencio: las calles estaban desiertas, las puertas de las casas cerradas, y los moradores dentro, agonizando unos de angustia, y otros, hincados de rodillas, orando a Dios e implorando su misericordia. El estallido de la fusilería repercutía en los aires, y los ecos de la gran cordillera oriental devolvían en truenos multiplicados el estampido de los cañones. . . El ruido cesó: todo quedó en silencio: la batalla había terminado: ¿quién había triunfado? . . . ¡Cuánta ansiedad! . . . De repente, cundió y se propagó como por encanto en la ciudad la voz de que habían vencido los patriotas: Sucre era vencedor, los realistas habían sucumbido. . . Abriéronse las puertas de las casas, y los quiteños se derramaron por las calles y las plazas de la ciudad, exaltados, y casi locos de contento: tanto había pesado y tan abrumador había sido el yugo español en sus últimos días! Mas, ¿cómo celebró entonces Quito la victoria? . . . Se abrieron de par en par las puertas de este templo, de esta misma augusta Catedral: hinchó el pueblo sus espaciosas naves: echáronse a vuelo las campanas, inundando los aires de alegría, y Sucre llevando enhiesta su espada triunfadora, entró aquí para tributar al Todopoderoso las debidas acciones de gracias, por la libertad que se había dignado conceder a la antes colonia y ya nación

independiente. Aquí, sí, aquí, aquí mismo, en este lugar Sucre adoró rendido a Dios: de pie, mientras se entonaba el Te Deum, con ademán recogido y compuesto, en su ancha y espaciosa frente, donde holgaba la llama de su vasta inteligencia, se veían las señales de la serenidad y del valor, mientras en sus ojos vivos y chispeantes, se revelaba a lo exterior la grata satisfacción de su alma.

El órgano, con las sonoras notas de su indefinible armonía, llenaba de suaves efectos los corazones de los circundantes: era aquel un día grande para nuestros mayores, era el primer día de la vida de la Patria, y no había corazón que no palpitara de contento. Siento en este instante no ser poeta: si lo fuera, yo evocaría las almas generosas de las víctimas sacrificadas en Quito, el dos de Agosto de 1810: ellas han de haber acudido también y rodeado el altar de Dios, mostrando las hondas y sangrientas cicatrices, al tiempo en que se cantaban las místicas estrofas, con que la Iglesia católica confiesa su fe en la adorable justicia divina. *Judex crederis esse venturus. ¡Oh! Juez Eterno, que juzgáis la tierra: Salvum fac populum tuum, salvad a vuestro pueblo: Rege eos et extolla illos usque in saeculum: gobernadlo Vos siempre y hacedlo prosperar. Extolle illos.*

¡Cuántos recuerdos se agolpan en mi mente con la presencia de estos restos mortales aquí!... Echados en el fango, ungidos con su propia sangre, sepultados de prisa, profanados por la perfidia enemiga, triunfante del crimen!!... Escondidos, ocultos, buscados con afán, tenidos como desaparecidos para siempre, encontrados cuando menos se esperaba, visitados en hora oportuna, hora de la Providencia, hora de la reparación... Vuelven a abrirse otra vez de par en par las puertas de la Catedral: sus anchas naves quedan estrechas para el concurso; una urna mortuoria, en la que se han guardado unos cuantos huesos humanos ya medio reducidos a polvo, es traída

aquí y puesta cerca del altar de Dios... Ese polvo es lo que ha quedado del Vencedor de Pichincha: la ciencia ha necesitado tomarlo en sus manos, con cuidado, y examinarlo prolijamente, para poder tranquilizarnos a los ecuatorianos, asegurándonos que ese polvo es, en verdad, el polvo de Sucre. ¡Qué miseria la de la grandeza humana!

Napoleón, cuando estaba cautivo en la isla de Santa Elena... mas ¿Para qué acudir ahora a la historia extranjera, cuando en la historia patria, en la misma historia de Colombia, tenemos un hecho memorable, una reflexión melancólica sobre la nada de las grandezas humanas? Iba a decirnos que Napoleón cuando estaba cautivo en la isla de Santa Elena, solía contemplar tristemente por la tarde la puesta del sol, que se hundía y apagaba al parecer en las aguas del Atlántico, viendo en aquel fenómeno natural una imagen de su gloria pasada; pero prefiero recordar un hecho de nuestra propia historia.

Pocos años antes de morir, se retiró Bolívar a una casa de campo situada a corta distancia de la capital, en la sabana de Bogotá: allí, una tarde, en compañía del entonces coronel Posada, se paseaba por la campiña, recreando su alma angustiada, con las plácidas escenas de la naturaleza: cuando, de improviso, se detuvo, y cruzando los brazos al pecho, se puso a contemplar, callado, las aguas de un riachuelo que serpentea por aquellos campos: saliendo luego como de un éxtasis, ¿cuánto tiempo, exclamó el Libertador, cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con la del inmenso Océano, como se confunde el hombre con la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte de esta agua se evapora y sutaliza, como la fama, como la gloria humana!... ¿No es así Coronel? Sí, así es, Excmo. señor contestó Posada.

La gloria humana se evapora, se desvanece: el hombre es nada!... El único poder que hay en la tierra es el poder de la muerte, que humilla toda soberbia, que abate toda grandeza y que al hombre y a sus obras los reduce a polvo!... ¡Ah! No: hay una cosa imperecedera, hay una cosa inmortal, es el alma y la virtud!... ¿No habéis oído como todos los días hemos principiado la solemnidad de los oficios fúnebres con el himno de la vida, con el salmo de la inmortalidad?... ¡Regem cui omnia vivut, Venite adoremus!... Venid adoremos al Rey, para quien nada muere, para quien todo vive!... Esos restos mortales no han perecido, esperan la resurrección, y para Dios están vivos.

VI

Voy a terminar, señores.

Os pido permiso para recordar aquí ahora un hecho personal. Los oradores sagrados en el púlpito debemos huír, con esmero, de hablar de nosotros mismos, y hasta de hacer alusiones por ligeras que sean, a nuestra propia persona; sin embargo, me perdonaréis un recuerdo relativo a mí mismo. Cuando yo era muy niño, un día le pregunté a mi madre, si sería virtud amar a la Patria: mi madre me contestó las palabras siguientes, que causaron en mi alma una impresión profunda, y cuyo significado sentencioso yo no pude comprender bien entonces: hijo, me dijo, Jesucristo Nuestro Señor lloró por Jerusalem, su propia patria.— Por las venas de aquel cuerpo mortificado y casi enjuto por la penitencia, corría sangre de aquellos, a quienes al principio de este siglo designaban con el apellido de insurgentes, y a quienes ahora llamamos con justicia patriotas, y aquel corazón de esa Señora, a quien con satisfacción llamo buena,

ardía en amor patrio, y el amor patrio fue la única herencia, que en su pobreza pudo legarme.

El patriotismo es una pasión noble y generosa: el patriotismo es un instinto bueno, puesto por Dios en el corazón humano; el patriotismo disminuye el egoísmo y lo corrige y hasta lo extingue en el pecho humano, dándonos fortaleza para el sacrificio de nosotros mismos en bien de nuestros semejantes: amar a la Patria es virtud; hacer algo en contra de ella es un crimen. ¿Sabéis cuándo se acaba en el corazón humano el patriotismo?... ¿Cuando nos dejamos poseer y dominar del egoísmo y queremos sacrificarlo todo a las satisfacciones ciegas, y descontentadizas del egoísmo!

Los antiguos paganos, los griegos, los romanos, han redimido las bajezas morales de su historia, merced a su amor patrio, que los transformó en héroes. Nosotros ¿podremos hacer algo grande, sin patriotismo? ¿Estaremos tan estragados moralmente? ¿Nos faltará a nosotros, católicos, alumbrados por la divina luz del Evangelio, una virtud, en cuya práctica fueron eminentes los paganos...?

El Evangelio, que tantas virtudes nuevas enseñó a los mortales, no sólo no condenó el patriotismo, sino que lo santificó, haciendo del amor a nuestra Patria una gran virtud cristiana. Dios, la Patria, la familia, he ahí el orden prescrito para la guarda de uno de los más sublimes mandamientos de la ley cristiana.

Jesucristo, el divino modelo de todas las virtudes, nos dió ejemplo del más santo y puro amor patrio. Jesucristo, según dice Bossuet en su libro sobre la política sacada de la Escritura Santa, amó a su patria y cumplió para con ella todos los deberes de un buen ciudadano. Tan conocido era el amor que Jesucristo tenía a su patria, que, para exigirle milagros, le alegaban como un motivo poderoso, el amor a su nación. Los príncipes de la Sinagoga le pedían un milagro en beneficio del Centurión, cuyo criado

estaba agonizante, y, como la más poderosa de todas las razones, le exponían al Señor, que el Centurión amaba a la nación hebrea. Diligit enim gentem nostram.

El último día de su vida, cuando ya no le faltaban más que tres horas para morir, dió el Redentor una admirable lección de patriotismo: moribundo, casi agonizante, abrumado por el peso del patíbulo de la cruz que iba penosamente arrastrando por la subida del Calvario, se volvió hacia las mujeres piadosas, que, compadecidas de El, estaban llorando y plañendo: Hijas, les dijo, con serena y casi apagada voz: no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas; pues vendrán días cuando se tendrán por dichosos los vientres que no hubieren concebido; y se juzgarán felices los pechos que nunca hayan amamantado... Señores: Jesucristo lloró por su nación; y, ¿me imputaréis vosotros a mí como un crimen el gemir por el Ecuador, devastado hace más de un lustro por la guerra civil, siendo yo ecuatoriano como vosotros?

¿Habéis salido alguna vez de vuestra Patria? ¿Os habéis alejado de ella? ¿Habéis estado, por desgracia desterrados...? Si habéis estado alguna vez ausentes de vuestra Patria, habréis conocido, sin duda, por experiencia propia, cuánto se ama a la Patria, cuán duro es alejarse de ella. Yo he salido fuera del Ecuador, yo me he ausentado del Ecuador y conozco por mi propia experiencia cuán amargo es estar lejos de la Patria.

De pie en la proa del vapor que surcaba las aguas del Pacífico, me estuve vuelto hacia las playas ecuatorianas, hasta que las ví desaparecer completamente en el horizonte: entonces, ¿sabéis lo que me pasó...? ¡Ah! me llevaba el Ecuador en mi imaginación: me lo llevaba dentro de mí: todo, todo, hasta los más insignificantes pormenores, los tenía presentes, los recordaba con viveza. Llegué a Francia, admiré el adelantamiento de aquella tan culta y

civilizada nación, y no me olvidé del Ecuador. Me dijeron que la Suiza se parecía a la tierra ecuatoriana, y, al punto tomé la locomotora, volé a Suiza: sus valles pintorescos, sus lagos animados, sus ventisqueros curiosos ¡ah! cómo trajeron a mi imaginación los Andes gigantescos, con sus escenas sublimes y sus panoramas sorprendentes: tenía delante de mí los Alpes y, con mis recuerdos, me parecía estar viendo los Andes ecuatorianos, esas enormes, estupendas moles, sobre bases de oro sustentadas, la tierra con su peso equilibrado, según la hermosa descripción del gran Olmedo, cuyos versos no podía dejar de repetir en aquel momento. Pero, perdonadme: ¿para qué fatigo vuestra atención con recuerdos personales?

La Patria para todo ecuatoriano está necesariamente enlazada con la memoria, con las virtudes y con el sacrificio de Sucre. Dios es quien forma los guerreros y los grandes capitanes: Dios es quien da a los pueblos esos varones insignes, predestinados para llevar a cima un destino providencial. Bendito sea el Señor, Dios mío, decía David, que ha adiestrado mis brazos para la guerra y mis manos para la pelea. *Benedictus Dominus, Deus meus, qui docet manus meas and bellum et digitos meos ad proelium.* Bendito mil veces sea el Todopoderoso, que iluminó la inteligencia de Sucre el día del combate: bendito mil veces, porque le concedió valor para triunfar, y mil veces bendito, porque habrá otorgado a su alma el descanso eterno.—Así sea.

Siluetas de Bolívar

Por el General
José de San Martín



O he visto al General Bolívar sino durante tres días, cuando estuve con él en Guayaquil, por lo tanto, y en tiempo tan corto, si no me fue imposible, por lo menos me resultó difícil apreciar con exactitud a un hombre, que a primera vista no predisponía en su favor. Sea como fuere, he aquí la idea que me formé según mis propias observaciones y las de algunas personas imparciales que vivieron con él en su intimidad.

“El General Bolívar demostraba tener mucho orgullo, lo que parecía en contradicción con su costumbre de no mirar nunca de frente a la persona que lo hablaba, a menos que fuese muy inferior a él. Pude convencerme de su falta de franqueza en las

conferencias que tuve con él en Guayaquil, porque nunca respondió de modo positivo a mis proposiciones, sino siempre en términos evasivos. El tono que usaba con sus Generales era en extremo altanero y poco apropiado para conciliar su afecto.

Advertí también y él mismo me lo dijo, que los oficiales ingleses que servían en su ejército eran quienes le merecían más confianza. Por lo demás, sus maneras eran distinguidas y revelaban la buena educación que había recibido.

Del libro: **Bolívar visto por sus contemporáneos.**
Del autor argentino José Luis Busaniche. Pág. 113
Edit. Fondo de Cultura Económica.—1959.



La entrevista de Guayaquil

Conferencia del Dr. Roberto Barker Valdivieso

BOLIVAR Y SAN MARTIN



ENTRO de la historia Bolivariana la entrevista del Libertador y el Protector del Perú celebrada en la ciudad de Guayaquil ha sido la causa de una controversia histórico-política tendiente a mancillar la memoria de los grandes hombres de América.

Los más encarnizados enemigos de Bolívar han tejido una serie de consejas para reevaluar la obra del General San Martín y entregar a la posteridad unos conceptos ambiguos sobre la personalidad del Padre de la Patria. A Bolívar se le acusa de que se apoderó de la República de Guayaquil para extender los dominios colombianos sobre el Sur de América. Se le

ha acusado de ser la causa de los problemas internos que surgieron en la vida política del Perú y se le ha enjuiciado ante la historia porque con su arribo a Guayaquil el 11 de Julio de 1822 precipitó la separación del mando militar por parte del Protector. Pero ese enjuiciamiento histórico que los biógrafos del General San Martín han hecho de la figura de Bolívar en nada demerita su acción panamericana sobre las provincias del Sur.

Desde la iniciación de la Campaña sobre Pasto para dominar a los insurgentes españoles y sobre las repúblicas ocupadas por los ejércitos del Rey y vencidas por la ineficacia de los ejércitos rebeldes, Bolívar dió fe pública de su pensamiento respecto a la liberación de los pueblos que aún constituían un peligro para la libertad del Nuevo Mundo.

En 1822 estaba consolidada la libertad de Colombia con el paso vencedor de las legiones Bolivarianas. Pero la posesión del Callao por parte de las tropas españolas, las ambiciones de los partidarios de la monarquía en las Provincias adyacentes al Río de la Plata y los anhelos personalistas de los miembros de la célebre Junta de Guayaquil, amenazaban la estabilidad de la paz y el dominio de la libertad en América.

Bolívar analizó en una forma serena y con un alto sentido de responsabilidad la situación que reinaba en la Provincia del Sur. Y de acuerdo con los dictados de su conciencia respecto a la suerte de América y con la autorización del Congreso inició la marcha de la victoria.

En sus manifestaciones públicas, en sus cartas y en sus proclamas el Libertador expresó su pensamiento respecto a la necesidad de mantener la unidad de los ejércitos libertadores y la urgencia de extender los dominios republicanos a las provincias que ofrecían peligro por la debilidad de los criollos, por la falta de preparación militar de los rebeldes y

por la densidad demográfica que ofrecía la población adicta al Rey de España. En estas condiciones la campaña del Libertador sobre las provincias del Sur constituía el resultado de un plan militar coordinado y eficiente. Su marcha sobre Guayaquil y su campaña posterior sobre las regiones del Perú y del Río de la Plata no fue un acto improvisado ni obedeció a un deseo personal para obtener laureles sobre su cabeza de vencedor, Bolívar sacrificó siempre su vida en aras del bien común y toda la crudeza de la libertad en Boyacá, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho y en todos los valles y las montañas de América sólo formó una página de servicio y de desprendimiento por la tranquilidad y por la libertad de sus conciudadanos. La posteridad así lo ha comprendido con el conocimiento de la cruzada bolivariana y todo intento por restar el valor a sus sacrificios ha sido estéril.

Con pleno conocimiento de la responsabilidad pública que estaba bajo su cuidado, el Libertador dió comienzo a su campaña del Sur para ofrecer el aporte valioso del ejército a los pueblos que pedían su ayuda. La guerra de Colombia estaba concluída con la victoria de sus legiones. Y sólo la suerte de los pueblos hermanos le preocupaba. En estas condiciones partió para el Sur y a su arribo a Quito dirigió el 17 de Junio de 1822 un documento oficial al Protector del Perú para entregar el parte de la victoria colombiana y para ofrecer el contingente de sus batallones en la lucha por la independendencia y por la tranquilidad de América. Esta comunicación estaba concebida así:

“Al Excmo. Señor Protector del Perú

Excmo. Señor:

Al llegar a esta capital, después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú y Colombia en los

campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande satisfacción dirigir a V. E. los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y el gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del Sur de Colombia, y esta interesantísima Capital, tan digna de la protección de toda América, porque fue una de las primeras en dar el ejemplo heroico de la libertad. Pero no es nuestro tributo de gratitud un simple homenaje hecho al gobierno y ejército del Perú, sino el deseo más vivo de prestar los mismos, y aún más fuertes auxilios al Gobierno del Perú, si para cuando llegue a manos de V. E. este Despacho, ya las armas libertadoras del Sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación.

Tengo la satisfacción de anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada, que su ejército está pronto para marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la Patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas.

Acepte V. E. los sentimientos de la más alta consideración con que soy de V. E. atento, obediente servidor, Bolívar”.

Tal es en forma precisa el pensamiento de Bolívar respecto a Perú y la expresión de su inquebrantable adhesión a la causa común de los Americanos.

Con este documento público que reposa en los archivos oficiales, Bolívar ha sido revaluado ante el juicio acertado de la Historia por su desprendimiento en relación con los pueblos que exigieron su acción libertadora para alcanzar la conquista en la causa de los pueblos libres. La carta dirigida a S. E., el Señor

Protector del Perú, constituye uno de los más apreciados tesoros dentro del florilegio Bolivariano y es por otra parte un documento histórico de innegable valor para el pueblo de Colombia que contribuyó más tarde con su sacrificio a la libertad de nuestros hermanos de América.

La fe en el destino de los pueblos del Nuevo Mundo, la magnanimidad de su corazón frente a los oprimidos y su responsabilidad militar frente a los peligros que entrañaba la presencia del ejército Europeo en el antiguo Imperio de los Incas, formaron los argumentos políticos sobre los cuales se adelantó la campaña libertadora en el Sur de América. Tal fue el pensamiento de Bolívar y tal el desenvolvimiento de unos hechos trascendentales, que corroboraron a través de los años de la guerra y de la paz la voluntad que animó a Bolívar para servir con su espada una causa noble en beneficio de los vencidos por el peso de la monarquía extranjera.

Por disposición geográfica y por el sistema político imperante, el Departamento de Guayaquil amenazaba la estabilidad de la liberación de las Provincias del Sur. Los miembros de la Junta de Gobierno pensaban en su anexión al Perú no obstante que el ejército de esas provincias se encontraba desmoralizado por las ambiciones de la alta oficialidad y por la falta de estrategia militar para adelantar campañas contra las guarniciones españolas. Por otras partes los incontenibles deseos del Protector y de la oficialidad del Ejército del Sur para implantar una nueva monarquía en América bajo otras banderas Europeas, contribuían a debilitar los esfuerzos de los vencedores de Colombia y Venezuela.

Desde el año de 1821 existía un fermento monárquico en Lima propiciado por la alta oficialidad para detener todos los esfuerzos militares en la lucha de la liberación Americana y enarbolar así la insignia

extranjera bajo el cielo promisorio del Perú. El 24 de diciembre de 1821 fue firmada el "Acta del Consejo de Estado" que definió el pensamiento del Protector y de los Fundadores de la Orden del Sol y entregó a la posteridad el mejor análisis de la obra de unos pensadores que tuvieron en sus manos la suerte de América con el injerto de otra potencia extranjera. Este doloroso acontecimiento político que se suscitó en Lima, tal vez por la ambición personalista de un militar que aspiraba a llevar el cetro de la monarquía sin detenerse a comprender cuál era la esencia de la liberación bolivariana, está concebido en los siguientes términos:

"Estando reunidos en la sala de sesiones del Consejo de Estado, los Consejeros Ilustrísimo y Honorable señor D. Juan García del Río, Ministro de Estado, y fundador de la Orden del Sol; Ilustrísimo y H. señor Coronel don Bernardo Monteagudo, Ministro de Estado en el departamento de guerra y marina y fundador de la Orden del Sol; Ilustrísimo y H. señor Hipólito Unanue, Ministro de Estado en el departamento de hacienda y fundador de la Orden del Sol, el señor D. D. Francisco Javier Moreno, Presidente de la alta Cámara de Justicia, el Ilustrísimo y H. Gran Mariscal Conde del Valle de Oselle, Marqués de Montmira y fundador de la Orden del Sol; el señor D. D. Francisco Javier de Echague, Gobernador del Arzobispado y asociado a la Orden del Sol; el Honorable señor General de división Marqués de Torre Tagle, fundador de la Orden del Sol e Inspector General de los cuerpos cívicos y Comandante General de la legión peruana de la guardia, y los señores Condes de la Vega del Ren y de Torre Velarde, asociados a la Orden del Sol, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Protector del Perú, don José de San Martín, acordaron extender en el acta que las bases de las negociaciones que entablen cerca de los altos poderes de Europa, los comisionados Ilmo. y H. señor

D. Juan García del Río, y el H. señor Coronel don Diego Paroissien, fundador de la Orden del Sol y oficial de la Legión del Mérito de Chile, sean las siguientes:

1ª—Para conservar el orden interior del Perú, y a fin de que este Estado adquiriera la respetabilidad interior de que es susceptible, conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia y la alianza o protección de una de las potencias de las de primer orden de Europa, y es de consiguiente indispensable. La Gran Bretaña por su poder marítimo, su crédito y sus vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones y la Rusia por su importancia política y poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que todas las demás, están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxo-Cobourg o en su defecto uno de la dinastía reinante de la Gran Bretaña pase a coronarse Emperador del Perú. En este último caso darán la preferencia al Duque de Saxo con la precisa condición que el nuevo jefe de esta monarquía abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la Constitución que le dieren los representantes de la nación, permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de 300 hombres. Si lo anterior no tuviese efecto podrá emplearse algunas de las ramas colaterales de Alemania, con tal que éste estuviera sostenido por el Gobierno Británico, o uno de los príncipes de la Casa de Austria, con las mismas condiciones y requisitos.

2ª—En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del Gobierno Británico, se dirigirá al Emperador de la Rusia como el único poder que puede rivalizar con Inglaterra,

Para entonces están autorizados los Enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía o algún otro a quien el Emperador asegure su protección.

3ª—En defecto de un príncipe de la Casa de Brunswick, Austria y Rusia, aceptarán los Enviados alguno de los de Francia y Portugal, y en último recurso podrán admitir de la Casa de España, al Duque de Luca, en un todo sujeto a las condiciones expresadas y no podrá de ningún modo venir acompañado de la menor fuerza armada.

4ª—Quedan facultados los Enviados de conceder ciertas ventajas al Gobierno que más nos proteja y podrán proceder en grande, para asegurar al Perú una fuerte protección y para promover su felicidad.

Y para constancia, la firman en la Sala de Sesiones del Congreso, en Lima a 24 de diciembre de 1821 años, en la heroica y esforzada Ciudad de los Reyes”.

Ante esta situación que crearon los criollos bajo la égida de San Martín y que el General Bolívar conocía por información de los agentes diplomáticos y por la protesta pública de los adictos a la monarquía, se definió en junio de 1822 su marcha a Guayaquil salvando muchos obstáculos militares y la propia acción del General Lamar quien a última hora intentó demorar la marcha de los colombianos en Guaranda, para permitir en primer término el arribo del Protector a Guayaquil y el pronunciamiento de la Junta en favor de la anexión a Perú y de la nueva monarquía que se presentaba como una consecuencia lógica de los propósitos que animaban al General San Martín.

A las cuatro de la tarde del 11 de julio de 1822 desembarcó Bolívar en Guayaquil ante la aclamación del pueblo y ante el beneplácito de las fuerzas militares que se encontraban acantonadas en la ciudad. Y frente a ese espectáculo espontáneo de la

ciudadanía, el Libertador entregó una proclama para garantizar la protección al pueblo, lo cual dió como resultado el asilo voluntario de los miembros del Gobierno que salieron hacia los buques de guerra de una escuadra peruana frente a la isla de La Puná.

La organización del gobierno y la constitución de un cuerpo colegiado para decidir la suerte del país ocuparon la atención del Libertador hasta el 25 de julio, cuando supo que el protector del Perú se hallaba en un barco cerca de Guayaquil y mediante una comunicación oficial le brindó hospitalidad y le expresó sus deseos de ver realizada una entrevista para contribuir al bien de la América Meridional y para estrechar la amistad con el Excmo. Sr. Protector del Perú y Padre de Chile.

El 25 de julio de 1822 desembarcó el General San Martín con todos los honores de su alto rango militar y se realizó la célebre "Entrevista de Guayaquil" que ha sido a través de la historia el tema central de una controversia inútil desde el punto de vista de la gloria de Bolívar.

El tema de la "Entrevista de Guayaquil" como es apenas natural, se desarrolló en torno a los anhelos del General San Martín, para implantar la monarquía en Perú y el deseo vehemente que animaba al Libertador para proseguir la cruzada de la independencia americana. A la entrevista de los Libertadores no asistió ningún espectador y por ello el misterio de tan histórico momento se proyecta a través de los años y permite el enjuiciamiento relativo a los personajes que actuaron y a los hechos que se desarrollaron en 1822. El General Tomás Cipriano de Mosquera afirma en sus apuntamientos sobre la vida de Bolívar que fue testigo ocasional de la entrevista y que durante el curso de ella el Libertador hizo reparos a la agregación de algunas provincias de Buenos Aires al Perú y le manifestó además al General

Protector la inconveniencia de una nueva monarquía y su propósito de garantizar la libertad del Perú. El Protector, por su parte, comenta Mosquera, hizo algunas reflexiones sobre la conveniencia de instaurar el gobierno monárquico para garantizar la independencia de España y concluyó con la manifestación de que estaba resuelto a separarse del mando del Perú por desacuerdo con el Libertador Simón Bolívar.

Los conceptos del General Mosquera son respetables. Pero con base en las cartas de Bolívar, en los apuntamientos de Mitre, en la carta apócrifa de Lafond de Luccy y de muchos otros documentos sobre Bolívar, sobre San Martín y sobre la Entrevista de Guayaquil, tenemos necesidad de sumarnos a los críticos de la historia que dudan sobre la afirmación del amigo del Libertador. El General Mosquera con las luces de su inteligencia captó desde 1821 el desarrollo del drama político del Perú. Y también pudo recibir una información de labios del Libertador sobre los resultados de la Entrevista. Pero ese aún de reevaluar el pensamiento de Bolívar y de entregar a la historia los pormenores de un diálogo del cual estuvo ausente, han servido para complicar el estudio y el análisis de los hechos sucedidos en Julio de 1822. Por estas consideraciones nos apartamos del relato de don Tomás Cipriano de Mosquera. Sus puntos de vista son reales como lo pudimos apreciar con el sólo conocimiento de los antecedentes de la Entrevista de Guayaquil y con el resultado de la campaña del Perú. Pero el diálogo publicado dentro de su memoria sobre la vida de Bolívar adolece de fallas fundamentales, que es necesario olvidar para analizar en forma desprevénida la histórica reunión de los capitanes de la libertad americana.

Bolívar escribió al General Santander una extensa carta el 29 de julio del año de la entrevista y en la parte fundamental de ese documento le decía:

"...El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos". Con el conocimiento de este oficio, podemos apreciar el estado de ánimo del Libertador durante la entrevista en que el Protector le manifestó su deseo de implantar la monarquía y se puede captar también la desconfianza del Libertador respecto del desprendimiento "pro-forma" que animaba al Protector para rechazar la corona de la monarquía que sin duda aspiraba a conquistar de acuerdo con sus méritos como militar y como Libertador de varias provincias.

Estos apuntamientos en torno a la Entrevista de Guayaquil transcritos a Santander reflejaron en una forma clara la amistad que existió entre Bolívar y el Protector y por otra parte entregan a la historia los perfiles de los dos libertadores: Bolívar como capitán de la democracia y San Martín como vencedor de los españoles y como jefe de un movimiento propio encaminado a recuperar los títulos monárquicos en el suelo de América.

Y como un testimonio y un complemento preciso dentro del conocimiento de las insidencias y de los resultados de la entrevista aparece hoy en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia la carta que Bolívar dictó a Pérez para el gobierno y que llena un vacío en la información y en el estudio de la libertad del Nuevo Mundo. La carta contiene los siguientes conceptos:

“República de Colombia

Secretaría General

Reservado.

Cuartel General en Guayaquil,

29 de julio de 1822 — 12

Al Señor Secretario de Relaciones Exteriores

Señor Secretario:

Tengo el honor de participar a V. S. que el 26 de los corrientes entró a esta ciudad S. E. el Protector del Perú, y tengo el de transmitir a V. S. las más importantes y notables materias que fueron objeto de las sesiones entre S. E. el Libertador y el Protector del Perú, mientras estuvo aquí.

Desde que S. E. el Protector vió a bordo a S. E. el Libertador, le manifestó los sentimientos que le animaban de conocer a S. E. abrazarle y protestarle una amistad la más íntima y constante. Seguidamente lo felicitó por su admirable constancia en las adversidades que había experimentado y por el más completo triunfo que había adquirido en la causa que defiende, colmándolo en fin de elogios y de exageraciones lisonjeras. S. E. contestó del modo urbano y noble que en tales casos exige la justicia y la gratitud.

El Protector se abrió desde luego a las confidencias más francas y ofreció a S. E. que pocas horas en tierra serían suficientes para explicarse.

Poco antes de llegado a su casa no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S. E. no se inclina a creer que el espíritu del Protector sea de este carácter aunque tampoco le parece que estudiaba mucho sus discursos y modales.

Las especies más importantes que ocurrieron al Protector en las conferencias con S. E. durante su mansión en Guayaquil, son las siguientes:

Primera.—Al llegar a casa preguntó el Protector a S. E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil, sirviéndose de otra frase más común y grosera aún cual es pellejerías, que supone ser el significado de enredos; pues el mismo vocablo fue repetido con preferencia al tiempo que hacía que estábamos en revolución, en medio de los mayores embarazos.

Segunda.—El Protector dijo espontáneamente a S. E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños refiriéndose a los contrarios. S. E. le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28 del presente se reunían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos de la Asamblea. Con esto cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir.

Tercera.—El Protector se quejó altamente del mando y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo han abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso, renunciando el protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él. Que desde luego que obtuviese el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno; que éste no debía ser democrático en el Perú porque no convenía, y últimamente que debería venir de Europa un príncipe aislado y sólo a mandar aquel estado. S. E. contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos porque eran parte heterogénea a nuestra masa; que S. E. se opondría por su parte si pudiese, pero que no se opondría a la forma de gobierno que quiera darse cada estado, añadiendo a este particular, S. E. todo lo que piensa con respecto a la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después y S. E. repuso que nunca convenía que viniesen tales príncipes; que S. E. habría preferido invitar al General Itúrbide a que se coronase con tal que no viniesen borbones austriacos, ni otra dinastía europea. El Protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república, y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo, con el fin sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerzas de qué disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de

ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

Cuarta.—El Protector dijo a S. E. que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la base esencial de nuestra existencia. Cree que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí el de Buenos Aires por falta de unión en él; pero que de todos modos nada desea tanto el Protector como el que subsista la Federación del Perú y Colombia aunque no entre ningún otro estado más en ella, porque juzga que las tropas de un estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y revoltosos. Esta parte de la federación es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos, aun cuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fue la que más apoyó en el curso de sus conversaciones.

Quinta.—Desde la primera conversación dijo espontáneamente el Protector a S. E. que en la materia de límites no habría dificultad alguna; que él se encargaba de promoverlo en el Congreso donde no faltarían amigos. S. E. contestó que así debía ser principalmente cuando el tratado lo ofrecía del mismo modo, y cuando el Protector manifestaba tan buenos deseos por aquel arreglo tan importante. S. E. creyó que no debía insistir por el momento sobre una protección que ya se ha hecho de un modo enérgico y a la cual se ha denegado el Gobierno del Perú bajo el pretexto de reservar esta materia legislativa al Congreso; por otra parte, no estando encargado el Protector del Poder Ejecutivo no parecía autorizado

para mezclarse en este negocio. Además, habiendo venido el Protector como simple visita sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para mostrar un interés que habría desagradado sin ventaja alguna, no pudiendo el Protector comprometerse a nada oficialmente. S. E. ha pensado que la materia de límites debe tratarse formalmente por una negociación especial en que entren compensaciones recíprocas para rectificar los límites.

Sexta.—S. E. el Libertador habló al Protector de su última comunicación en que le proponía que adunados los diputados de Colombia, el Perú y Chile en un punto dado, tratasen con los comisarios españoles destinados a Colombia con este objeto. El Protector aprobó altamente la proposición de S. E. y ofreció enviar, tan pronto como fuera posible, al señor Rivadeneira, que se dice amigo de S. E. el Libertador, por parte del Perú con las instrucciones y poderes suficientes, y aún ofreció a S. E. interponer sus buenos oficios y todo su influjo para con el Gobierno de Chile a fin de que hiciese otro tanto por su parte; ofreciendo también hacerlo todo con la mayor brevedad a fin de que se reúnan oportunamente estos diputados en Bogotá con los nuestros.

S. E. habló al Protector sobre las cosas de México, de que no pareció muy bien instruido y el Protector no fijó juicio alguno sobre los negocios de aquel Estado. Parece que no ve a México con una grande consideración o interés.

Manifiesta tener una gran confianza en el Director Supremo de Chile, General O'Higgins, por su grande tenacidad en sus designios y por la afinidad de principios. Dice que el Gobierno de la provincia de Buenos Aires va cimentándose con orden y fuerza sin mostrar grande aversión a los disidentes de aquellos

partidos: que aquel país es inconquistable; que sus habitantes son republicanos y decididos; que es difícil que una fuerza extraña los haga entrar por camino, y que de ellos mismos debe esperarse el orden.

El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes aunque audaces y emprendedores no son muy temibles. Inmediatamente va a emprender su campaña por intermedios en una expedición marítima y también por Lima cubriendo la capital por su marcha de frente.

El Protector ha dicho a S. E. que pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo, y que espera que en Colombia se haga otro tanto. La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada, manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras.

Estas son, señor Secretario, las especies más importantes que han tenido lugar en la entrevista del Protector con S. E. Yo las transmito a V. S. para inteligencia del Gobierno y he procurado valerme casi de las mismas expresiones de que han usado SS. EE. Dios guarde a V. S.—J. G. Pérez”.

Los detalles más importantes de la Entrevista de Guayaquil están consignados en el espíritu desprevenido que animó al autor de este documento oficial para transcribir al gobierno las intimidades de la reunión. El Protector del Perú, según se desprende del testimonio de Pérez, dejó comprender dentro del curso cordial de la Entrevista su preocupación respecto a los negocios de Guayaquil y a las “pellejerías” concebidas por los habitantes de la ciudad con motivo de la anexión de la república al Perú. Y ello es un testimonio histórico que nos permite analizar las intenciones del General San Martín con motivo de su viaje a Guayaquil y que nos presenta en forma real la verdad de sus propósitos y de sus ilimitadas ambiciones en estos asuntos del gobierno y de la política.

San Martín se mostró muy interesado en conocer el concepto del Libertador respecto al protectorado sobre Guayaquil y cuando Bolívar expresó su pensamiento sobre la suerte de las provincias del Sur y sobre la inconveniencia de una nueva intromisión extranjera en tierras de América. La conversación siguió un curso trivial y el Protector compartió las opiniones sobre la conveniencia de la Federación y sobre los límites, dando aparentes pruebas de su desprendimiento y de su lealtad a los programas del Libertador. Pero esas protestas del General San Martín obedecían a un gesto de sinceridad respecto a la suerte de los pueblos? Por la simple lectura de la carta de Pérez y por los antecedentes del viaje a Guayaquil podemos manifestar que los conceptos y las manifestaciones del Protector adolecían de sinceridad y de comprensión en relación con el porvenir de América.

El problema de México fue tratado también por el Libertador durante la entrevista, porque el desarrollo de la política interna del país del norte podía obstaculizar el desenlace de la liberación internacional. Sin embargo, San Martín no demostró interés por el desarrollo de esos hechos que amenazaban la tranquilidad de varias provincias aztecas, lo cual comprueba una vez más que al invicto militar sólo le interesaba en esos momentos la suerte de sus ideas y del espíritu renovador que animó a los redactores de la célebre "Acta del Consejo de Estado".

Cuando el Protector comprendió su posición frente al pensamiento de Bolívar, un gesto de melancolía se reflejó en sus palabras y vino entonces la reminiscencia desafortunada sobre los letrados y sobre la organización política del Perú. Las lamentaciones públicas sobre sus compañeros de armas y sobre el gran partido que formaban los letrados simpatizantes con la república, nos demuestra en forma precisa el estado de inseguridad que

prevalecía en el Perú para cristalizar los anhelos del Protector. Por ese motivo sólo la anexión de Guayaquil podía garantizar el éxito de su campaña en favor de la monarquía. Pero, destruída esta esperanza durante la entrevista, ¿cuál era la suerte del General San Martín? El lo precisó con sus propias palabras cuando manifestó al Libertador su deseo de retirarse a la vida privada en el refugio de Mendoza.

San Martín antes de la Entrevista de Guayaquil concibió en forma precisa su plan militar. En primer término decidió apoderarse de Guayaquil para jugar la suerte de la monarquía con la complacencia del Director Supremo de Chile que tenía la misma afinidad en sus principios. Pero, si esta decisión política se interfería por la acción oportuna de Bolívar, entonces su decisión se encaminaba a entregar en pliego cerrado la renuncia al Congreso para salvar así su prestigio frente a la historia. Esto último favoreció ante la posteridad el nombre del Protector. Y en el desenlace de esos hechos tuvo especial importancia la estructura misma que prevalecía dentro de los cuadros de sus compañeros de armas.

Al finalizar la entrevista de Guayaquil se clarificó la situación política del Perú. Los temores del Libertador en relación con la preparación del ejército del Sur y con el peligro de la intromisión extranjera tuvieron más tarde el resultado que se había prevenido. El 26 de abril de 1822 llegaron a Guayaquil el Marqués de Villafuerte y don Francisco Mendoza con el encargo oficial de solicitar la presencia de Bolívar al frente del ejército del Perú para asegurar el éxito de una victoria y después sólo la acción de las legiones del Libertador consolidó la libertad del Sur de América. Y como consecuencia de la entrevista de Guayaquil, de los problemas de la política interna del Perú y de los dictados de su corazón, el General San Martín presentó su renuncia ante el Congreso el

20 de septiembre de 1822 y se vino así el ocaso de su vida pública.

Esta es, señores Académicos, la verdad de un hecho trascendental dentro de los fastos de la libertad de América. La entrevista de Guayaquil no tiene ningún misterio como lo quieren concebir los historiadores de las distintas repúblicas iberoamericanas. El acto se desarrolló dentro de la mayor cordialidad por parte de los dos Generales y allí se destempló el espíritu de San Martín como lo afirma don Bartolomé Mitre y se perdió en los capítulos de la gloria bolivariana el sueño del Protector sobre la estabilidad de una monarquía en el suelo fértil de América.

Bolívar con su visión sobre el destino de América y San Martín con su deseo de constituirse en el único árbitro de los problemas del Sur, sellaron en la entrevista de Guayaquil su amistad de militares y Libertadores. Pero, principalmente, entregaron a la consideración de los partidos del Nuevo Mundo su pensamiento inconfundible en relación con los principios de la libertad, con los hombres de América y con el destino de los pueblos hermanos.

La historia contemporánea ha sido en ocasiones cruel al analizar la vida y la obra de Bolívar y San Martín. Sin embargo, la gloria de los dos Libertadores perdura a través de los años dentro del marco austero de sus propios corazones y en el alma de los buenos patriotas de América se ennoblece cada día el recuerdo de los artífices de la grande nacionalidad Iberoamericana.

Los errores de San Martín frente a la realidad política que se avecinaba como síntoma afortunado de una nueva aurora de Libertad y de Justicia, son justificables ante la posteridad por la esencia misma de sus sacrificios en favor de la libertad de los pueblos. La contribución afortunada del Protector del Perú en

la lucha por la libertad de América constituye una página de honor y dignidad que no se puede opacar con el análisis ligero de actos que no se consumaron porque el genio del Libertador fue superior a la ambición de los militares criollos y porque el designio del Dios de los ejércitos libró a América de una catástrofe política de imprevisibles resultados.

¿Cuáles podrían ser los resultados de la campaña del Protector respecto a Perú? Es difícil analizar el desarrollo de esos hechos, pero la sola presencia de un monarca extranjero, la separación de Guayaquil y su anexión a una provincia dominada por los Españoles y la lucha entre una oficialidad rebelde y desmoralizada por la inmediata satisfacción de sus anhelos de dominio sobre los pueblos recién emancipados, de hecho amenazaban la estabilidad de la libertad de Colombia y favorecían el afianzamiento de la monarquía española que aún tenía valiosos contingentes dentro del clero, el ejército y la autoridad política.

Estos argumentos sin duda decidieron a Bolívar para rechazar las pretensiones del Protector, porque su experiencia sobre el sacrificio que entrañaba un paso hacia atrás en el largo viacrucis de la liberación americana que se había proyectado desde Venezuela y Colombia con la inmolación de oficiales y soldados, no le permitían ceder a las aspiraciones del General San Martín. Por ello, su actitud fue decidida desde antes del desembarco del Protector y su decisión en el momento de la entrevista de Guayaquil salvó el futuro de los pueblos que más tarde se plegaron a su espada de vencedor.

Con ocasión de recordar en esta fecha la histórica entrevista de Guayaquil que sirvió para consolidar la paz de las Provincias del Sur y para garantizar la libertad del Nuevo Mundo, considero oportuno renovar en esta Casa de la Patria,

nuestra adhesión espiritual a la memoria del Libertador Bolívar y expresar los mejores votos porque la interpretación acertada de ese momento estelar de nuestra historia, sucedido en julio de 1822, contribuya al conocimiento exacto de las trascendentales decisiones que afectaron el porvenir democrático de América (1).

Roberto Harker Valdivieso



(1) El autor recuerda que en la entrevista de Guayaquil no hubo testigos de cuerpo presente, hecho muy importante, reforzado además porque ninguno de los dos héroes dejó documentos especiales sobre ella. Todo lo que por ejemplo afirmó el Gran General Mosquera, no es cierto, dice Harker, porque Mosquera no asistió personalmente a la reunión. Harker aprovecha la entrevista para hacer un nuevo y fervoroso elogio de nuestro Libertador y para renovar su fe en los valores del espíritu, al cultivo de los cuales está consagrada la Academia.

La Educación para el Libertador

Antonia Cardozo Serrano



FINES del siglo XVI, don Simón de Bolívar, señor de la Rementería de la "Villa" de Bolívar en Vizcaya, llega a Venezuela con el Gobernador Don Diego de Osorio y Villegas, su pariente. Fundan ciudades y pueblos, distribuyen tierras, fomentan la agricultura y el comercio y se piensa en hacer de Caracas un centro intelectual capaz de rivalizar con Méjico, Santa Fé o Lima.

En línea directa, don Juan Vicente, Marqués de Bolívar y Ponte, Vizconde de Caporete, casado con la noble dama doña Concepción de Palacios y Blanco, conserva para su familia la herencia intelectual y los desvelos por hacer de sus descendientes gentiles-hombres, dignos de su estirpe. En las amplias casonas hay tradición y señorío, maneras elegantes y

sitio destacado para veladas donde alternan los científicos, los literatos, los músicos, personas de valía quienes llegan cargadas con los últimos adelantos de la Metrópoli. Así, nos dice Mancini, un tío de doña Concepción, el padre Sojo, fue el introductor de la música clásica en Venezuela. Las personas concurrentes eran escogidas y distinguidas, formaban una especie de Academia literaria particular. Para la preparación intelectual de la familia, seguía el predominio de los profesores a domicilio. Las doctrinas de Montaigne y de Locke que desde los siglos XVI y XVII fueron implantadas para la Educación de las clases nobles, están aún en perfecta aplicación. Pide Montaigne, de acuerdo con su individualismo, que la educación sea encomendada a un maestro particular. Según él los padres son incapaces de la educación de sus hijos por ser demasiado condescendientes. La escuela en forma de internado aún no puede educar. Debe hacerse que los niños vean y juzguen directamente las cosas. Da gran importancia al conocimiento del mundo y de los hombres y reconoce como el mejor medio para alcanzar este fin, el trato con personas de todas clases sociales y especialmente con las grandes personalidades del pasado, para ello recomienda el estudio de la historia, sobre todo, la exposición histórico-moralizante de Plutarco. Dedicaba también particular atención al aspecto físico de la educación: juegos y ejercicios corporales deben constituir parte integrante de los estudios; igualmente conviene cultivar la cortesía y el agrado exterior. En estas normas, unidas a las de Locke, compendiadas en su obra "Algunas ideas sobre educación", colección de cartas dirigidas a un amigo acerca de la educación de los nobles, encontramos la formación del muy ilustre hijo de don Juan Vicente Bolívar. Locke examina las cuatro finalidades de la educación: virtud, bondad, honradez y conocimiento. El amor a la verdad y a la benevolencia son para él las virtudes más

necesarias. Considera la sabiduría, como la aptitud del hombre para dirigir los asuntos con perspicacia y destreza, al tratar sobre las perfecciones que deben adornar al hombre noble, recomienda el baile y la equitación, se interesa por la música, las artes manuales, la contabilidad mercantil, para la buena administración de la riqueza; finalmente, la educación debe completarse con los viajes, de los 16 a los 20 años, tienen ellos suma importancia para el aprendizaje de los idiomas extranjeros y la adquisición del trato social.

¿Dónde y cómo se inició la educación del pequeño Simón?

Al cuidado de su madre pasó su infancia. Mujer fina y delicada, de marcada debilidad por el lujo, la vida regalada y opulenta, gracia en sus maneras, inteligencia viva, comenzó a moldear la personalidad de su hijo. La enfermedad de doña Concepción obliga al chiquillo a refugiarse en los brazos de su hermana mayor. Seguramente sobre sus rodillas garabateó las primeras planas y fue la mano fraternal quien guió su pulso débil de niño. La tutela e influencia de su hermana María Antonia, seis años mayor que él, la encontramos en variadas ocasiones: vuela hacia su hogar al querer huir de la tutoría de su tío Carlos; intensifica con ella correspondencia, cuando, lleno de gloria, pero presintiendo la ingratitud de los pueblos, quiere arreglar sus haberes para seguir al extranjero; recibe y acepta sus insinuaciones sobre la forma de gobierno que se le propone desde Venezuela y le confía la educación de su sobrino Fernando.

Su abuelo don Feliciano Palacios y Sojo casa antes de cumplir sus quince años a María Antonia con don Pablo de Clemente y Francia. El pequeñuelo debe seguir habitando la casona almacenada de criados y sirvientes a donde confluyen innumerables y diversos negocios. Muerto su abuelo, pasa a la tutoría de su tío Carlos Palacios. Así, en 1793, cuenta ya el pequeño 10

años de edad y está huérfano por segunda vez. Su tutor, al igual que sus hermanos, soltero, con preocupación constante por sus haciendas, lleno de susceptibilidades y prejuicios, atrincherado en su rancio abolengo, debió ocuparse muy poco de la formación de su sobrino. Pero, en atención a conservar sus preeminencias y en el constante deseo de que su familia deslumbrara a sus similares de Caracas, hizo llegar a su casa figuras de notoriedad, quienes más que profesores, eran asiduos visitantes de la familia. El inquieto pequeño abrió así sus ojos inteligentes en un medio culto y cultivado. Don Andrés Bello, el padre Andújar, Negrete, el Padre Sojo, Pelgrón, figuran en la lista de afortunados profesores. Eran ellos pasantes de las aristocráticas familias caraqueñas.

Según usanza de los soberanos, Felipe V había obsequiado a un convento de Frailes de San Benito, en España, dos títulos de Castilla para que fueran beneficiados en Indias. En el año de 1737 en la celda del Prior Fray Salazar Sáenz de Vitoria, el apoderado del señor Bolívar y Villegas, contaba uno sobre otro 22 mil doblones de buen oro a cambio de obtener para su hijodalgo el título de Marqués de San Luis y Vizconde de Cocorote. Siguió luego el largo proceso de aprobación. Los años pasaron y doña Concepción, cercana a su fin, deseosa de acrecentar para sus hijos la fortuna y de legarles la preciada corona del Marquesado, envía a su hermano Esteban, a toda costa, para reclamar de la corte de España, el título comprado y no recibido, que legalmente correspondía a su hijo Juan Vicente. Las diligencias fueron como hasta entonces inútiles, pero se preparó con ello, la ruta definitiva en la gloria de su hijo menor el pequeño Simón. A fines de este mismo año, 1792, don Feliciano, escribe a Esteban: "Te incluyo una lista para que me compres y remitas los libros que contiene, tomando el dinero que necesites para ello de Iriarte. Estos son para el Amanuense que me escribe, que es

don Simón, el hermano de Cayetanito Carreño; es hombre muy de bien y de bastante habilidad para llevar mis asuntos y cuentas con descanso mío". Inicia aquí, don Simón Carreño Rodríguez, su vida bajo la sombra de la familia Bolívar que le ha de llevar a inmortalizarse como el "Maestro del Libertador", golpe de suerte, debido al fervor de nuestro Héroe para pagar con largueza y generosidad insuperables la compañía de su paisano de París a Roma, época en la que sí podemos encontrar la verdadera influencia de Rodríguez sobre Bolívar.

Don Esteban Palacios cumple el encargo de su padre y envía parte de los libros solicitados. Rodríguez era por naturaleza pedagogo, se nos ha presentado siempre como el verdadero sostenedor de las teorías de Rousseau, y se ha dado por cierto que realizó en Bolívar la educación preparada para "Emilio". Muy variadas han sido las circunstancias que han permitido tejer esta leyenda y darle carácter histórico, sin embargo, muy otra es la realidad. Es de suponer imposible para Rodríguez, el hacer llegar por intermedio de Don Feliciano Palacios, libros sospechosos destinados a la Escuela Pública que ya funcionaba en Caracas. Además, el ideal pedagógico que por entonces llenaba su mente lo expone muy a las claras en su estudio realizado en 1794 titulado: "Reflexiones sobre los defectos que vician la Escuela de Primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo Establecimiento".

Hace a ella seis reparos: 1º No tiene la estimación que merece. 2º Pocos conocen su utilidad. 3º Todos se consideran capaces de desempeñarla. 4º Le toca el peor tiempo y el más breve. 5º Cualquier cosa es suficiente y a propósito para ello. 6º Se burlan de su formalidad y de sus reglas y su preceptor es poco atendido.

Permítaseme un breve paréntesis para pedir un detenido estudio sobre el tema, que con asombro

encontramos adolece de los mismos defectos después de dos siglos y en medio de una civilización que nos abruma.

Un ligero comentario sobre el punto cuarto: "Le toca el peor tiempo el más breve". "Corresponde al maestro de primeras letras la peor parte de la vida del hombre; no por su travesura, por su complexión, ni por su distracción, sino por la demasiada contemplación e indulgencia de que goza en esa edad. Es preciso que el maestro al mismo tiempo que trata de rectificar el ánimo, y las acciones de un niño, y de ilustrarle el entendimiento con conocimientos útiles, trate también de consultar el antojo sobre las diversiones, juegos y paseos que apetece, si no quiere hacerse un tirano a los ojos de sus padres. De esta extraña doctrina resulta que cuando debía terminar la enseñanza aún no ha comenzado: que pierde el discípulo el tiempo más precioso en la ociosidad y que al cabo sale el maestro con la culpa que otro ha cometido".

Se queja de que el preceptor es un juguete de los muchachos en el día, que no importa que se fije una hora para llegar a la escuela o que se les deje en libertad, que se proscriba tal método como que no se use ninguno, que se les haga entender el orden de sus obligaciones como el que se les deje en entera libertad para portarse bien o mal y, sobre todo, el que el maestro que debe ser considerado por sus discípulos, es el que los considera, porque el tiempo y la costumbre así lo exigen.

¿Y cuáles son sus recomendaciones? Horario estricto: por la mañana tres horas contadas de las ocho a las once, por la tarde las mismas contadas de las tres a las seis. Los pasantes tendrán la obligación de acompañar a los niños de la casa a la escuela y viceversa. Para recreos sólo fija un día de cada mes y determina pruebas mensuales ante el Ayuntamiento.

¿Dónde están las recomendaciones de Rousseau para la educación de "Emilio"? Para éste la misión del educador es seguir la naturaleza del niño y adecuarse a su desarrollo interior, no se le prohibirá nada y a lo sumo se impedirá físicamente que el niño realice un acto que pueda perjudicar gravemente a él o a los demás. Autoridad, deber, responsabilidad, obediencia, en una palabra todos los conceptos morales no deben existir para "Emilio" hasta los 16 años. Querer educar a los niños mediante la razón, dice Rosseau, es comenzar por el final. Para ejercitarse la inteligencia debe ejercitarse ante todo el cuerpo. No existe por entonces, en Simón Rodríguez, la pedagogía russoniana.

En el año de 1795 don Simón Rodríguez tiene organizado su famoso internado, al cual se refiere don Carlos Palacio "transfirió a su sobrino a la casa de don Simón Rodríguez, maestro de la escuela pública de primeras letras, que siendo un sujeto de probidad notoria y estando destinado por su oficio a la enseñanza de los niños, podrá más cómodamente proveer a la educación de éste, teniéndolo siempre a su vista y en su propia casa que es bastante cómoda y capaz".

¿Por qué llegó Simoncito a ese internado?

El día 24 de julio de 1795, al cumplir los 12 años, su cuñado don Pablo de Clemente y su esposa María Antonia Bolívar se presentan a la Real Audiencia para pedir la tutela de su hermano menor Simón Bolívar. Don Carlos Palacios, tutor del pequeño por disposición de su abuelo, debía permanecer casi constantemente en sus haciendas y es en un todo natural que el chiquillo sintiera la mayor incomodidad en una casona sin ambiente de hogar, y por ello fuera a buscar el calor materno en casa de su hermana mayor. El matrimonio Clemente-Bolívar explica: 'El día de ayer que contamos 23, se presentó en casa mi cuñado don

Simón Bolívar, (que se halla bajo tutela de don Carlos Palacios y Sojo), exponiendo que quería vivir en la compañía de su hermana y no en la de su tutor, sin explicar la causa que le impeliese a semejante novedad: en cuya virtud procuré persuadirlo a que volviese a la casa en compañía de su tutor. Pero, reconociendo en el pupilo una total resistencia a mis persuasiones, inmediatamente solicité a don Juan Nepomuceno Rivas, pasando personalmente a su casa, a informarle de esta ocurrencia, para que como encargado del cuidado y tutela de dicho pupilo, en la ausencia del expresado don Carlos en la hacienda, dispusiese lo que tuviese por conveniente. No le encontré por haberse marchado al sitio de Chacao, según se me informó en ella, por lo que relaté el hecho a su legítima mujer doña María de Jesús Palacios y Sojo. En su consecuencia, vino luego don Francisco Palacios y Sojo, tío del pupilo en solicitud de éste para llevarlo a casa del tutor, mas no pudo conseguirlo, sin embargo de las muchas instancias y persuasiones que para ello le hizo, valiéndose ya de expresiones suaves y afectuosas, ya de duras e imperiosas, pues no produjeron otro efecto que el de haber manifestado el pupilo una total renuencia y repugnancia a volver a la casa de su tutor; en términos que el nominado don Francisco, desengañado de que no lograría su intento, se retiró dejando al pupilo en mi casa, En esta ocurrencia se ha manejado el pupilo con entera libertad suya, y de su propio impulso, sin que por mi parte ni la de mi consorte haya intervenido la menor instigación, sujeción o influjo antecedente o concomitante: todo lo que me ha parecido hacer presente, para lo que pueda importar..." Caracas, julio 24 de 1795.

La Real Audiencia, teniendo en cuenta que don Esteban Palacios se encuentra en España, que don Carlos está en sus haciendas, y en atención a que dicho menor no tiene parientes más inmediatos que

su hermana María Antonieta, a cuya casa se ha pasado, lo autoriza para permanecer por ahora en ella.

Avisado inmediatamente don Carlos, de la ocurrencia, regresó a la ciudad y elevó ante la Real Audiencia solicitud para que el menor sea extraído de la casa de don Pablo de Clemente y Francia, alegando para ello: 1º Su título de tutor del menor recibido de su padre don Feliciano Palacios, por disposición testamentaria, mediante la cual sus nietos Juan Vicente y Simón deben vivir en casa de sus tíos y a la vista de éstos para recibir la mejor educación, de quienes habían respetado siempre y respetaban como a sus padres. 2º "Siendo el requerido don Simón absolutamente desaplicado a todo género de instrucción, se necesita, para conducirlo en su peligrosa edad, de un custodio a quien el pupilo ame y respete sin perderle nunca de vista", y 3º No es preciso dejarlo hacer su voluntad, puesto que se ha escapado precisamente para huír del empeño que se tiene de educarlo como corresponde a su rango y nacimiento.

La Real Audiencia ordena sea entregado el menor a su tutor, a lo cual se niega el pequeño enfáticamente. Como segunda apelación, don Carlos Palacios presenta nuevas consideraciones familiares y formula su decisión de entregar a su pupilo al cuidado de don Simón Rodríguez, maestro de primeras letras, a lo cual ya aludimos. Por disposición fechada el 1º de agosto de este mismo año, la Real Audiencia autoriza a don Carlos Palacios para conducir a su pupilo a casa del maestro de primeras letras don Simón Rodríguez.

Encuentro del mayor interés consignar el informe completo sobre la conducción del menor a casa del maestro, ya que ello disipa toda duda sobre la primera influencia de Rodríguez en la educación de Bolívar.

"En dicha ciudad, dicho día, mes y año, yo el escribano en cumplimiento de lo prevenido en el

anterior Real Decreto, a la hora asignada, acompañado de don Carlos Palacios, pasé a la habitación de don Pablo Clemente y Francia, y teniendo a éste presente le hice saber el contenido de dicho Real Decreto, y en su inteligencia hizo manifestación del menor don Simón Bolívar, el que estando presente, expresó no iba de ningún modo donde se mandaba, resistiéndose fuertemente a conducirse voluntariamente a la casa de don Simón Rodríguez, por lo que le hice saber al insinuado menor que, en el caso de no ir voluntariamente, se le llevaría y sin embargo de esto continuó en la misma resistencia, no obstante las persuasiones que don Pablo y don Carlos le hacían a efecto de que no llegase el caso de llevarlo involuntario como efectivamente fue necesario que los expresados don Carlos y don Pablo le sacasen hasta la calle y, no habiendo sido posible su conducción en estos términos, mandó aquel a un criado que allí tenía lo llevase cargado, y habiéndose el menor agarrado a don Pablo no pudiéndolo aún así conducir, trató éste nuevamente de persuadirlo como lo hizo, con lo que y tomándolo el expresado criado lo hice conducir a la insinuada casa de don Simón Rodríguez, maestro de primeras letras, habiendo venido para dicha entrega a éste, los insinuados don Carlos Palacios y don Pablo Clemente y Francia y, estando en la casa de aquel a presencia de éstos, le hice efectiva entrega del menor Don Simón de Bolívar, quien lo recibió haciéndose cargo de él y de su cuidado y celo en su educación y enseñanza, con lo que demás que he dicho Real Decreto resulta, que le hice saber en la parte que lo comprende, de que quedó enterado y se obligó a su cumplimiento. Todo lo que pongo por diligencia que firmaron conmigo el escribano, de que doy fe.— Pablo de Clemente y Francia.— Carlos Palacios y Blanco.— Simón Narciso Rodríguez.— José Manuel Sabogal, Escribano Receptor.— Caracas, agosto 5 de 1795”.

Es preciso hacer ahora algunas consideraciones sobre el estado cultural de don Simón de Bolívar en el momento de entrada a casa de don Simón Rodríguez. Podemos confiarnos a lo expresado por su cuñado don Pablo de Clemente y por su hermana María Antonia, quienes en reclamación y súplica para que les sea devuelto el menor don Simón de Bolívar a su casa, exponen razones múltiples, las cuales son un testimonio valioso para el tema que nos ocupa. Después de declarar nuevamente sobre la forma espontánea como el menor llegó a su casa en busca de protección y de expresar el vivo dolor que les causa la manera fuerte como fué conducido a la escuela de primeras letras en la noche del 5 de Agosto, produciendo con ello escándalo y alboroto, puesto que el menor con gritos y lágrimas se oponía tenazmente a dejar la casa de su hermana, expresan insistentemente su pesar por serle entregado a un extraño, "siendo de la primera distinción en la ciudad y de superabundantes rentas para conservar el decoro y honor que heredó de sus padres privándolo de la compañía y del único consuelo y amparo de su hermana mayor a quien en su compasiva orfandad se había acogido por no acomodarle la compañía y educación de su tutor y encargado". Exponen luego convincentes razones que, sobre la competencia para vigilar la educación de su hermano menor, le dá su calidad de hermana mayor, vuelven a insistir en que no es decoroso a la dignidad jerárquica del pequeño el que se le destine a una escuela pública para vivir en ella, y alegan que es lo justo y decoroso que se le asigne "con competente dotación un ayo, o sacerdote secular u otra persona de probidad, instruída, virtuosa y adornada de todas las circunstancias y cualidades necesarias para que se encargue de darle la noble educación correspondiente a su nacimiento".

Sabemos que doña María Antonia conocía a don Simón Rodríguez, había sido el amanuense en casa

de su abuelo cuando ella huérfana, pasó allí mientras contrajo matrimonio. De inteligencia despejada, muy bien debió conocer el mencionado escribiente y no lo considera persona de méritos para confiarle la educación de su hermano. Asimismo, tampoco el pequeño en sus años de convivencia con don Simón llegó a tener por él el menor afecto, otra hubiera sido su conducta al recordar con agrado la época no muy lejana de sus 9 años.

Al rebatir a don Carlos sobre su afirmación respecto de la desaplicación y renuencia para asistir a la escuela, de su pupilo, ella nos habla de que "su inclinación en esta parte no es desarreglada y reprehensible; y no es menester otra prueba de su convencimiento, que la más regular instrucción que posee en su tierna edad en leer y escribir". A los 12 años sabía leer y escribir, que estos conocimientos eran rudimentarios lo atestigua poco después en su primera carta fechada en Veracruz; quizás tuviese mayor afición por la lectura.

El escribano de cámara de la Audiencia dejó muy bien descrita la casa de habitación de don Simón Rodríguez, así que, podemos conocer en detalle las comodidades de que gozó nuestro Libertador en el primer internado al cual concurrió. A fin de dar curso a la solicitud hecha por los esposos de Clemente y Francia se procedió a inspeccionar la residencia del maestro de primeras letras "...requerí al citado don Simón Rodríguez para que manifestase dicha su casa, y habiéndolo verificado, reconocí vivir en ella según el mismo expresó, su legítima mujer María de los Santos Ronco, con tres criados o domésticos de su servicio, su hermano don Cayetano Carreño, la mujer de éste doña María de Jesús Muñoz, con un niño recién nacido, don Pedro Piñero y un sobrino de éste, 5 niños pupilos entregados por sus padres y encargado de su educación y asistencia, e igualmente, la suegra de dicho Rodríguez, la de su hermano y dos cuñadas

de 8 y 13 años y componerse dicha casa de sala, dormitorio, galería, 4 cuartos contiguos a ésta; dos enfrente de la puerta de la calle, uno en pos de otro y enseguida de éste; 2 patios, 3 corredores, su cocina y corral correspondiente a dicha casa que está situada en la calle que baja de la esquina del Cují a la de la Candelaria hacia el Norte, siendo una de las piezas en que habita el pupilo don Simón de Bolívar la que se halla al frente del corredor principal con el patio de por medio de 10 a 11 varas de largo y su ancho correspondiente con 2 rejas y 2 puertas que se comunican al corredor interior, en cuya pieza vive igualmente don José Félix Navas, hijo de don Gervasio Navas y se halla en ella una cama de dicho menor, decente, sus correspondientes asientos, una mesa, un butaconcito y un escaparate, sin embargo de que el menor expresó estar regularmente servido, su maestro don Simón Rodríguez insinuó que le sería más útil y mejor a su tranquilidad y ocupaciones el que de su propia casa se le suministrasen los alimentos, porque su pobreza quizás no le permitía muchas veces complacer el paladar del niño por no estar a cierta cantidad para ello, aunque tiene órdenes para gastar y suplir cuanto sea preciso; e informó igualmente que al presente no asiste el expresado menor a la escuela pública que dista de esta casa cinco cuerdas con motivo de los accidentes que adolece en el día el dicho Rodríguez que no le permiten asistir a ella, ha determinado tenerlo a su lado en esta misma casa para su mejor educación y enseñanza hasta que se restablezca y entonces irá diariamente y regresará con él a mañana y tarde”.

Mas, no nació don Simón Bolívar para estar sujeto, y la casona destartalada de comodidades, pero repleta de gentes diversas, de su maestro, no era para el pequeño, albergue agradable. En la noche del 13 de Agosto, a las 7 y media, se nota que don Simón de Bolívar falta de su cuarto y de toda la casa, se

recorren en su solicitud, calles y residencias sin resultado alguno. Se desconoce el motivo inmediato y cuál sería su intención, volvió a su residencia aquella misma noche llevado por el confesor del señor Obispo, Ilustrísimo Viana, con el encargo especial de su Excelencia al maestro de "no reprenderle por el sólo motivo de fuga".

Las reclamaciones de doña María Antonia siguen adelante. Ella no puede conformarse sabiendo a su hermano en una escuela y residencia que no corresponde a su categoría e intenta ahora solicitar para él traslado a un colegio-seminario "dirigido por el celo de dos sacerdotes, de la mejor recomendación por su virtud, letras y especial método y aplicación para la educación y enseñanza de niños y jóvenes". Considera que ya el pequeño, por su edad, instrucción y capacidad en las primeras letras, se halla en aptitud para iniciar el estudio de la gramática y demás facultades. Pero don Carlos, tampoco está resuelto a dejarse vencer y alegando de su parte la autoridad que le corresponde sobre el pequeño así como el no considerar un colegio-seminario adecuado para un joven que no presenta la menor vocación para la carrera eclesiástica, hace finalizar la disputa familiar y don Simón de Bolívar continúa en la residencia del maestro de primeras letras hasta los 15 días del mes de octubre, cuando a solicitud del menor, ante su tutor, pide continuar bajo la dirección de don Simón Rodríguez para su enseñanza, pero en la residencia de su tío don Carlos. Así, con fecha 15 de Octubre de 1795, la Real Audiencia dispone que el menor don Simón Bolívar regrese a vivir en casa de su tío y tutor don Carlos Palacios, con prevención para que en sus ausencias de esta capital, solicite una persona de respeto, si posible fuese un sacerdote, que esté a la mira y viva con él, procurando su mejor educación y asistencia diaria a los estudios.

Las partes litigantes habían logrado cada una sacar adelante algo de lo propuesto. Don Simón de Bolívar tendría maestros particulares y posiblemente será la época de recibir lecciones de don Andrés Bello, el padre Andújar, el padre Sojo, Negrete, Pelgrón.

Había notorio interés sobre la educación del menor, la Providencia marcaba su destino y sus facultades debían iniciar su desarrollo a temprana hora.

Fueron entonces dos y medio meses (1º de agosto al 15 de octubre de 1795) el escaso tiempo en el cual don Simón Rodríguez ejerció su magisterio sobre su futuro Libertador, tiempo ciertamente imposible para influenciarlo de ideas extrañas, dadas las variadas circunstancias a que nos hemos venido refiriendo, las cuales sólo permitían ejercer sobre el chicuelo vigilancia a manera de ayo; además, la rebeldía y orgullo del pupilo, estimulada por la importancia que encontraba, había despertado entre sus familiares, extensiva a la Real Audiencia, haría de él más que en ningún otro caso el más difícil de los educandos.

Datos históricos dan por fecha el 19 de octubre de 1795, para el retiro de Rodríguez de su cargo de maestro de primeras letras por hallarse comprometido en la trama de conspiración de Gual y España; no queda, pues, tiempo el más mínimo para dar a su discípulo lecciones al aire libre, ni acompañarle a remar, ni a deambular por las praderas de San Mateo.

La necesidad de hacer frente a los conspiradores, obligó a pensar en reforzar las milicias de voluntarios. El batallón más aristocrático de la provincia, los Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua, ofreció sus servicios a la Capitanía General. Organizadas en 1795 por Juan de Bolívar, abuelo de don Simón, serían el campo abonado para la formación inicial de nuestro singular guerrero. En enero de 1797 solicita don Carlos Palacios, plaza para su sobrino quien muy gozoso se apresta para lucir el uniforme militar.

Había encontrado ya la fuente de su verdadera carrera.

Mancini anota su hoja de servicios en el Batallón de Valles de Aragua:

“Hoja de servicios y notas de Don Simón de Bolívar a fines de diciembre de 1798.

Batallón de Voluntarios de los Valles de Aragua.

El Sub-Teniente don Simón de Bolívar, su edad: 15 años; su país: Caracas; su calidad: ilustre, su salud: buena; sus servicios y circunstancias las que expresan:

Tiempo en que comenzó a servir los empleos	Empleos	Tiempo que sirve y cuánto cada empleo		
		Años	Meses	Días
14 de Enero de 1797	Cadete	1	5	21
4 de Julio de 1798	Sub-Teniente	—	5	26
Total hasta fin de Diciembre de 1798:		1	11	17

Regimiento donde ha servido: En estas milicias. Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado: en ninguna.

Valor: conocido.— Aplicación: sobresaliente.—

Capacidad: buena.— Conducta: idem.— Estado: soltero.

Como ayudante mayor ejerce las funciones de Sargento Mayor que se halla ausente: Francisco Lozano Pompa (firma y rúbrica). Manuel Sanz (firma y rúbrica”).

No se conoce en detalle la instrucción recibida en dichas milicias, pero por la naturaleza de ellas puede deducirse que allí sí tuvo oportunidad don Simón Bolívar para ejercitarse en las marchas, robustecer sus músculos, soportar las lluvias, el calor, adiestrarse en el galope, medir sus habilidades y contextura física. Iniciarse, además, en el conocimiento de la disciplina militar que, si bien posible tenía todas las

prerrogativas concedidas a su alta clase social, siempre habría en ella múltiples ocasiones para ejercitar el dominio de su voluntad y templar su carácter.

Entre tanto, su tío Carlos escribía a su hermano Esteban sobre las posibilidades de complacer a su sobrino, solicitud hecha años atrás, enviándolo a su lado para seguir estudios en la capital española. En enero de 1799 el San Ildefonso hacía velas por el mar Atlántico. Llevaba entre sus pasajeros a un joven de sólo 15 y medio años, perteneciente a la nobleza criolla, quien, sin sospecharlo, haría de su permanencia cerca de la corte acopio de conocimientos de incalculable valor para la obra gigantesca a la cual estaba destinado. A fin de evitar encuentros con barcos ingleses, la nave cuyo trayecto seguiremos, desvió e hizo escala en Veracruz, ciudad en la cual está fechada la primera página de la correspondencia del grande hombre, documento acusatorio del lamentable estado de la enseñanza en la Capital de la Capitanía General de Venezuela, así como de la poca importancia que dió a sus primeros estudios el joven Bolívar. No es posible entonces aceptar, con algunos historiadores, que en esta travesía don Simón Bolívar se aplicara a leer las obras de los enciclopedistas, ni tampoco las de los clásicos. Sería suficiente para su inquieta y aún desordenada imaginación los pormenores del viaje, las fantásticas historias de algún viejo marino, el anhelo de encontrar muy pronto a su tío Esteban, el cual constituiría para el adolescente un personaje de leyenda, un semi-dios quizás, ya que tenía el privilegio de conocer y acercarse hasta la augusta persona del Rey su Señor.

Después de una prolongada demora en Méjico, el San Ildefonso sale con rumbo a La Habana el 20 de marzo, a principios de mayo atraca en Santoña, de donde Bolívar sigue a Bilbao y está en Madrid a fines del mes de mayo de 1799. "Llegó Simoncito tan guapo

después de haber estado en Méjico y La Habana, que aunque no tiene instrucción alguna, tiene disposición para adquirirla, gastó en su viaje no poco; llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente”, decía don Esteban a su hermano Carlos en carta del 29 de junio de 1799.

Bolívar habla más tarde, en sus días de gloria, de haber sido alumno en la época a que nos referimos, de la Academia de San Fernando. Aun cuando no existe prueba de ello en los archivos, es posible que su tío Esteban, persona de gran influencia, alcanzara para su sobrino el que pudiera ingresar en categoría de asistente. Realmente su escasa instrucción no le permitiría seguir curso especial, se trataba de someterlo a una educación metódica y constante, ello fue preocupación familiar. En carta de don Pedro, también ya en Madrid, para su hermano Carlos, le hace saber: “A este niño lo tiene muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana, el escribir en que está muy ventajoso, el baile, la historia en buenos libros y se le tiene preparando en el idioma francés y las matemáticas. Está sujetico y observa mediana conducta o por mejor decir, buena”.

La Academia de San Fernando pertenecía a las famosas academias caballerescas, instituciones para educar a los jóvenes nobles, no sólo en las lenguas y en las ciencias, sino también en las costumbres y artes cortesanas. Por esta razón se erigieron casi siempre en las ciudades que eran residencias de los príncipes y guardaron íntimo contacto con la corte. Los estudiantes de ellas tenían casi siempre autorización para frecuentar la corte principesca. El mariscal de la Corte ponía a su disposición caballos y pistas, igualmente encontraban en las residencias afamados maestros de equitación, baile y esgrima. Entre las disciplinas de enseñanza cítase en primer término la religión, porque los grandes señores en su mayoría

desaprensivos y libertinos, deseaban sinembargo, por regla general, estar en buenas relaciones con la Iglesia. Era en un todo la institución requerida para la educación del aristocrático joven criollo; nada más podía desear su tío y padrino.

Sinembargo, la posición de don Esteban Palacios se va a pique en este mismo año de 1799 y la suerte de su sobrino sufre las alteraciones de rigor, aún cuando no se derrumba totalmente. Allí está en Madrid el Marqués de Ustariz, hombre verdaderamente instruído, rico, elegante, severo, quien ha hecho de su casa el centro de todos los suramericanos y es él, el señor Marqués, quien acoge al joven estudiante con delicadeza y solicitud. Observa la agudeza de ingenio, la clara inteligencia, la ambición intelectual que posee su protegido y se convierte en su profesor directo para tratar de hacer rendir al discípulo el máximum de sus capacidades. Se lee mucho y se comenta aún más. Fue el Marqués de Ustariz el guía en sus amores. Al aceptar el plazo para su boda exigido por el padre de la novia, y su consejo de viajar que interpreta el pensamiento de Locke sobre el final de la educación de los nobles, realiza don Simón su primer viaje a Francia. Se abre a su imaginación y espíritu las puertas de una ciudad centro de gran actividad diplomática. Si en aquel momento los acontecimientos no le impresionan directamente, no por ello deja de apreciar el ambiente general y de comparar a los dos pueblos, de admirar el orden, la prosperidad y belleza de la capital francesa.

El 26 de mayo de 1802 quedaba satisfecho su anhelo y días más tarde emprende con su esposa el regreso a su ciudad natal. Venía a disfrutar de un corto retazo de felicidad. El trópico cortó la vida de su novia y en enero de 1803 el hado le devuelve su libertad. Ciertamente según sus palabras, nos lo dice

Perú de la Croix, "convengo en que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo". Su pensamiento es entonces volver a Europa, encarga a su hermano Juan Vicente, de la administración de sus bienes y toma la vía del regreso. En esta travesía si puede encontrarse con Plutarco, Montesquieu, Rousseau, Voltaire; su espíritu tenía ya la amplitud necesaria, su mente despertaba a ideas que llenaban la época, su imaginación daba ya pasos de gigante, su ambición tomaba vida y el destino empujaba como brioso corcel.

A fines del año se entrevista con los familiares de su esposa, entrega a éstos los recuerdos llenos de afecto y va a Francia donde su vida tomará un rumbo diverso. La culminación de su formación es desde entonces el sólo producto del medio: vida elegante en los salones parisienses de Madame de Villars, tertulias y academias, discusiones ardientes sobre las ideas predominantes, suntuosos e impresionantes desfiles militares, pomposa coronación en Notre Dame, exaltación a la gloria del gran Napoleón, y junto al discípulo, entonces trastornado por los acontecimientos, don Simón Rodríguez, siempre atento a servir de preceptor lo familiariza aún más con Voltaire, Rousseau, Espinosa. También se encuentra en París ya de regreso de la joven América, el Barón de Humboldt, los amplios conocimientos y la admiración que al sabio le produjeron las tierras de América, eran motivo para apreciar al joven caraqueño y aceptar con agrado su presencia. Tal vez de labios del sabio recibió Bolívar la enseñanza primera sobre el extraordinario valor encerrado en el Nuevo Continente y a su lado, entre animadas charlas y reflexiones, estalló en su mente el incontenible impulso de ser él el conquistador de la libertad para la América Española. Y mientras la fruta sazona, nuestro héroe asciende en su formación intelectual e ideológica que darán a su singular videncia fortaleza de realizaciones.

Una última etapa empieza a cumplirse. Rodríguez, fiel a su deseo "no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, a todas las cosas que marchan sin cesar" y su discípulo, ambicioso de libertad, toma la ruta París - Roma.

Era la primavera de 1805, van directamente hacia los Alpes. La estación favorece ampliamente la meditación romántica y literaria de los viajeros y las incomodidades y penurias del largo camino serán compensadas bien pronto. Para Rodríguez, con su visita a Chambéry para rendir culto en Les Charmettes, a su ídolo; para Bolívar, aún en constante transformación, los arcos triunfales, la música, el cortejo que hacía sus mayores despliegues por toda Lombardía para preparar la fastuosa coronación de Napoleón en Milán. Huella profunda marcó en su mente este episodio, muchas veces lo recordó, todos lo sabemos. El libro de la historia quedaba abierto con generosidad a lo largo de su recorrido por Italia y Bolívar se embriagó con ella. Sólo faltaba el volcar de sus sentimientos y su mente pletórica ante la contemplación de Roma lo lleva a jurar dar libertad a su Patria.

Persuadido de que la formación y educación del hombre nunca terminan, se convirtió en su propio preceptor. Buscó las fuentes, y en los clásicos griegos y latinos, a quienes hizo sus compañeros inseparables, fue estructurando su mentalidad y puliendo las agudas aristas. Así se hizo el orador y escritor lleno de calor y de equilibrio, de pensamiento fuerte, de precisión y claridad dignas de elogio, el hombre de gran estilo.

Síntesis de la formación del Libertador son las frases de Perú de la Croix consignadas en el Diario de Bucaramanga: "Nació el General Bolívar con un genio fecundo y ardiente; con una inteligencia inmensa y relativa al órgano cerebral que le dió la

naturaleza: una primera educación no brillante, pero cuidada y de caballero, desarrolló temprano aquellas facultades naturales; las dobló a todos los conocimientos y las dirigió hacia todas las instrucciones y luces; así es que el talento y el espíritu del Libertador son cultivados, y, auxiliados por una memoria extensa, han podido abrazar fácilmente, y ejercitarse a la vez, las ciencias, las artes, la literatura y dedicarse más profundamente a los principios o ciencia política y al arte de la guerra, como igualmente al oratorio y el de escribir en los diferentes estilos que debe emplear el hombre de estado, el militar y el hombre privado”.

Inteligencia múltiple, amante verdadero de la libertad, intérprete del pensamiento derivado del de Trajano, “feliz el pueblo que puede decir lo que siente, pero pensar lo que dice”, incluye en su mensaje al primer Congreso de Angostura, (15 de Febrero de 1819) su pensamiento robusto y certero sobre educación: “La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república, moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos y tenemos en estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestras repúblicas una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos ese Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se halla corrompido en la República; que acuse la

ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la Patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos: que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas y no solamente lo que choca entre ellas sino lo que las debilita, no sólo lo que viola la Constitución sino lo que viola el respeto al público. La constitución de este tribunal verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales y registros donde se consignen sus actas y deliberaciones; los principios morales y las acciones de los ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio. Los libros que consultará el pueblo para sus elecciones, los magistrados para sus resoluciones y los jueces para sus juicios. Una institución semejante por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras, que algunos legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano”.

En los años de 1819 a 1825, las campañas libertadoras desde el Orinoco al Potosí, han embargado totalmente su vida, pero en ellas ha habido tiempo para leer y meditar en las obras de los grandes pensadores. En este último año su pensamiento maduro y conformado plenamente quiere expandirse en una organización total para el Alto Perú y sus ideas sobre instrucción quedan expuestas con toda claridad. No descuida el más pequeño aspecto en ella y comienza por hacer un llamamiento al gobierno sobre la necesidad de establecer y dirigir la educación pública, para que ésta forme la moral de los pueblos, pues la Nación será sabia, virtuosa y guerrera, si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares. Es un volver a su requerimiento en el mensaje al Congreso de Angostura: “moral y luces

son nuestras primeras necesidades". Quiere que se vuelvan los ojos hacia Atenas, Esparta, Roma, los EE. UU., pues las naciones marchan hacia su grandeza, nos dice, con el mismo paso con que camina la educación. Estudia en segundo término al maestro, al director de la escuela, al cerebro de ella; la clasifica como "el hombre generoso y amante de la patria, que sacrificando su reposo y su libertad, se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan y le engendren otros tan dignos como "él, quien así haya entendido la sublime misión de enseñar, es sin duda benemérito de la patria y digno de la veneración general. Pide Bolívar para él distinciones honrosas de parte del Gobierno, quien debe alentarlos. Exige que en el maestro se encuentre mucho que imitar y poco que corregir. Directores que formen el espíritu y el corazón de la juventud, éste es su fin. Que su prudencia y habilidad graben en el alma de los niños los principios cardinales de la virtud y del honor; que dispongan el corazón de sus alumnos de tal manera que inflamen más por una divisa que por una moneda de oro, que haya elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones; en síntesis, que se forme la moral del hombre, creando en su interior ese tesoro inestimable por el cual se es justo, humano, dócil, moderado, en una palabra, hombre de bien.

Fija luego su atención en los alumnos y esboza todo un plan a seguir: basándose en el principio "mente sana en cuerpo sano", establece como primera disposición el que se dé la máxima importancia al aseo. Es realmente la vista nuestro primer órgano impresionado ante la presencia de alguien y a una presentación pulcra deben acompañarse modales delicados. Pide el establecimiento de una distinción para estimular suficientemente esta práctica y encarga dar atención particular a la instrucción sobre

etiquetas, ceremonias y cumplimientos debidos a las gentes según su clase. Su inobservancia, puede ser motivo de enemistades; además, es preciso conquistar un puesto destacado en el concierto de los pueblos cultos, cuidándonos sí del ridículo. Se interesa por la purificación del lenguaje, que la dicción sea pura, clara y correcta, que se llamen las cosas por sus propios nombres y se intensifique el trato cordial entre los compañeros, así como el respeto para sus superiores. De acuerdo con Quintiliano, aconseja las escuelas públicas, a fin de que la tolerancia de tan gran valor en la vida de sociedad, sea ejercitada; además en las aulas es donde se contraen las verdaderas amistades, las duraderas. Determina en cuanto a la parte intelectual, grados de conocimiento de acuerdo con la mentalidad del discípulo, y para la educación física los juegos y recreaciones que le son tan indispensables al niño como el alimento, encaminadas siempre a un fin útil y honesto, por ello recalca en la dirección y presencia del maestro para efectuarlos. Tienen su preferencia: la pelota, la raqueta, el bolo, la cometa, el globo aerostático, las damas y el ajedrez. Hay en ellos actividad física, moral y mental. Complementa su estudio en cuanto a la instrucción, haciendo anotaciones precisas sobre estímulos y premios, quiere se intensifique el reconocimiento de los méritos personales en actos solemnes, que se exalten las glorias y triunfos de la juventud, que ello constituya días de verdadera fiesta y regocijo público.

Las duras campañas, su alta consagración al servicio de las repúblicas nacidas al impulso de su brazo, no ahogaron su sentimiento familiar. Continuamente, atento a las preocupaciones de los suyos, traza el plan de estudios que desea siga su sobrino Fernando, entonces estudiante en un colegio de Norte América. Compendia en su método indicaciones pedagógicas y psicológicas que no debieran ser

desconocidas para maestros y profesores. Con demasiada frecuencia se instruye, pero no se educa. Al consignarlas me propongo difundirlas para provecho de educadores y educandos.

“La educación de los niños debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio y temperamento.

Teniendo mi sobrino más de 12 años, deberá aplicársele a aprender los idiomas modernos, sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos.

La geografía y cosmografía deben ser de los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven.

La historia, a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula.

Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas, porque ellas nos enseñan el análisis en todo, pasando de lo conocido a lo desconocido y por ese medio aprendemos a pensar y a raciocinar con lógica.

Mas, debe tenerse presente la capacidad del alumno para el cálculo, pues no todos son igualmente aptos para las matemáticas.

Generalmente todos pueden aprender la geometría y comprenderla; pero no sucede lo mismo con el álgebra y el cálculo integral y diferencial.

La memoria demasiado pronta, siempre es una facultad brillante; pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que al niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas que lo obliguen a meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, a los lentos de retentiva, deberá enseñárseles a aprender de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes

poetas; tanto la memoria como el cálculo, están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.

La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible; pero jamás fatigarla hasta debilitarla.

La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos y deseo que la aprenda mi sobrino.

Con preferencia se le instruirá en la mecánica y ciencia de ingeniero civil, pero no contra su voluntad, si no tiene inclinación a esos estudios.

La música no es preciso que la aprenda, sino en el caso de que tenga pasión por ese arte; pero sí debe poseer aunque sean rudimentos de dibujo lineal, de la astronomía, química y botánica, profundizando más o menos en estas ciencias según su inclinación o gusto por alguna de ellas.

La enseñanza de las buenas costumbres o hábitos sociales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las cartas de Lord Chesterfield a su hijo, los principios y modales de un caballero.

La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar.

El derecho romano, como base de la legislación universal, debe estudiarlo.

Siendo muy difícil apreciar dónde termina el arte y principia la ciencia, si su inclinación lo decide a aprender algún arte u oficio, yo lo celebraría, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores que son los que el país necesita para adelantar en prosperidad y bienestar.

El baile, que es la poesía del movimiento y que da la gracia y la soltura a la persona, a la vez que es un ejercicio higiénico en climas templados, deberá practicarlo si es de su gusto.

Sobre todo, recomiendo a Ud. inspirarle el gusto por la sociedad culta donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo; y ese respeto a los hombres de edad, saber y posición social, que hace a la juventud encantadora, asociándola a las esperanzas del porvenir”.



de floración y envuelto en un cálido ambiente propicio para los encumbrados vuelos de la fantasía, se diría que el Lulum-Urcu se presenta entre las maravillas de la creación, cuando ostenta los mayores atractivos.

Sobre su cima, todo descansa tranquilamente sumergido en el mar cristalino de un azul arrobador. Allí, reliquia de un pasado glorioso sepultado trágicamente por el paso incontenible de las Eras de la Historia, dueña de una extensa herencia a título de descendiente en línea directa de los caciques Collahuasos, Tituañas y Cunalatas, antiguos Señores de las alturas que se recuestan a las espaldas de Calacalí, vive una india centenaria llamada vulgarmente la "Anciana de muchos días". Como una mecha que consume las postreras gotas de cera derretida, pasa sus días, rumiando viejísimos recuerdos, metida en la choza desvencijada que alberga el hogar numeroso del último de sus hijos.

Son las cuatro de la tarde de un hermoso día de mayo. Es la hora en que las brumas andinas, aromadas con el aliento de los trigales, maizales y chilcales en plena verdura, elevan su melodía de cuna al pie de los nidos y las montañas mantienen un coloquio encendido con las recelosas y románticas nubecillas. Una respiración fuerte, de alguien que llega con una pesada carga, abre las cortinas interiores de un silencio poblado de transparencias. Ante la presencia del recién llegado, en la vetusta casa, por cuyos dominios vagan las sombras de ilustres antepasados, hay un movimiento repentino. Los perros, que se hallan recostados perezosamente bajo el alero acogedor, se levantan automáticamente. Los fieles animales, de ordinario tristes y corridos igual a sus amos ahogados para siempre en el piélago aterrador de una melancolía de peñasco informe, dan la vuelta en torno a José Manuel, expresándole su cariño con aullidos agudos y cortos, saltos insistentes y graciosos,

y batidas rápidas de la cola. Dentro de los sauces cercanos, un gallo, de prominente cresta, de altiva talla y plumaje reluciente, lanza un estridente alerta que pone bulliciosamente en pie a sus garbosas y aladas compañeras. No lejos una tórtola solitaria envía un quejido profundo que despierta a las penas dormidas en el fondo entelerido del corazón.

—José Manuel ¿ya vienes del Curi-poggio?—
Pregunta una voz medio apagada desde el rincón obscuro de un pecho hace tiempo alejado del presente.

—Sí, abuela.—
Contesta el adolescente, poniendo jadeante la malta de agua sobre un poyo hecho con pequeños bloques de cangahua.

“La Anciana de muchos días”, para dar el frente a su nieto predilecto, lentamente abandona su mísero camastro de resecos cabestros, de bayetillas deshiladas y de tibias pajas, y da despaciosa y solemne unos cuantos pasos. Es una india venerable de más de cien años de edad. El tiempo como que se ha detenido junto a ella.

Conserva la lucidez de las facultades, lucidez que es un alto pedestal para otear los horizontes de un siglo. Su memoria, realzada con un conocimiento poco común de los personajes centrales de los Shyris y de los Incas y de sus costumbres políticas y religiosas, parece un altar donde se han sublimado muchos hechos notables de la historia de sus antepasados y donde han recibido un culto reconcentrado los mejores recuerdos de su larga existencia. Su rostro, de rara gravedad, en el que aparecen inconfundibles los rasgos característicos de su estirpe de élite indígena, tiene una luz interior evocadora de una pasada grandeza. Renuevo centenario del remotísimo tronco de caciques emparentados con Atahualpa por su madre Pacha, la heredera de Cacha Duchicela y esposa de Huaynacápac, posee un resplandor auténtico de esa época legendaria en que el Sol y la Luna eran los dioses

tutelares de este incomparable suelo de cóndores y de altísimas cumbres.

“La Anciana de muchos días”, a pesar de que innumerables borrascas habían azotado las rocas de su naturaleza, todavía, entre una sangre cansada, unos huesos entumecidos y unas carnes descoloridas, guarda un cierto vigor en sus miembros. Estatura mediana, cuerpo inclinado hacia adelante por el peso excepcional de 36.500 auroras matinales florecidas en su frente hoy con arrugas que semejan tatuajes, y cabello ceniciento esparcido al desgaire sobre un cráneo regular, mejillas descarnadas con un fulgor agonizante de metal herrumbroso parece una de esas figuras incompletas pintadas por el Artista Eterno con nubarrones irisados en el lienzo de las tardes andinas del horizonte andino pintada con nubes espumosas. Ojos extáticos que fosforecen muy adentro —como cocuyos enredados en los hilos opacos de los musgos— entre pestañas quemadas por la llama abrasadora de cruentas fatigas, labios definitivamente muertos a la miel de las ilusiones, tendones estirados en forma de reseco pergamino y manos temblorosas con dedos foscamente apretados al esqueleto, “La Anciana de muchos días” es una réplica elocuente del ocaso fulminante del Tahuán-tin-suyo, uno de los imperios más vastos que han conocido los siglos. Y sin ningún preámbulo, cual si repentinamente diera libertad a su espíritu aprisionado en el subterráneo de un fanatismo primitivo, dice:

—José Manuel, ahora que nos encontramos solos porque todos han bajado al pueblo a la fiesta, vamos a la sombra del capulí. Allí, sin que nadie nos escuche, te voy a contar maravillas que debes conocer únicamente tú. Pásame el bastoncito.

El adolescente, picada su curiosidad por las anteriores palabras pronunciadas con tanta solemnidad, deja al punto toda otra ocupación y se acerca

muy solícito a la abuela al tiempo que hilvanaba esta frase:

—Apóyese en mi hombro y camine tranquilamente. Tenemos las horas suficientes para cuanto desee comunicarme hasta cuando regresen los padres y los hermanos. Además hace un calor agradable.

José Manuel es un mozo de unos dieciocho años. De constitución delgada y un tanto descariado, tal vez como consecuencia de la pena sufrida por sus progenitores al contemplar la lenta agonía de los más altos valores de la raza, sin embargo se encuentra dotado de excelentes cualidades de alma y corazón. Primogénito de un hogar numeroso, sus padres tienen fincadas en él muchas esperanzas. Ha nacido en la choza a la que quiere entrañablemente, como quiere a la hermosa colina donde ha vivido y crecido, libre cual los vientos que silvan en las lomas, feliz cual los pájaros que trinan en los matorrales, puro cual el alba que tarde y mañana corona la frente de las cumbres. Desde que tuvo uso de razón, su ocupación favorita ha sido el pastoreo de un rebaño de ovejas, unas cuantas cabezas de ganado vacuno y un respetable número de chivos, en las pendientes acogedoras del cerro conocedor de sus innumerables travesuras de niño. Ama a su abuela intensamente, porque ha comprendido que ella le guarda una predilección singular. Por eso, a fin de hacerle compañía, se quedó en casa este día.

Pasados unos momentos, abuela y nieto se sientan sobre un cuero de borrego bajo las frescas ramas del capulí. De pronto, a "La Anciana de muchos días" le envuelve un vago fulgor que sobresalta a José Manuel y llena su pecho de misteriosos presentimientos. Y esta vez, desatada del nirvana interior, habla con eco luminoso de revelaciones y sus palabras, saliendo de una recóndita oquedad humana, son notas de una doliente quena que llora la caída de millones de seres, sus hermanos de stirpe, que hoy ruedan por todos los caminos y cuestas de los Andes ecuatorianos

semejantes a piedresuelas calladas, pisoteadas y tristes.

—Hijo mío, comienza, abre las ventanas de tu pensamiento, pon el oído atento y graba bien en tu memoria todo cuanto voy a comunicarte. Tú debes conocer de dónde vienes y cuál es tu misión. Mis antepasados, que son los tuyos porque eres el primogénito del último de mis hijos, fueron los caciques Collahuazos, Tituañas y Cunalatas. Estos pertenecían a un tan elevado rango social, según lo conserva celosamente la tradición de familia, que el Shyri Cacha Duchicela y la Reina Pacha, madre de Atahualpa, les tuvieron cerca de sus sagradas personas por cuanto les reconocían cual parientes cercanos. Por desgracia, la aparición de los blancos cambió las glorias en desdichas y con perpetuas nubes de tristeza cubrió los ojos de los primitivos dueños de estas tierras privilegiadas. Lo que sucedió después de este acontecimiento, cuya sola noticia condujo a la tumba a Huaynacápac, el mayor de los soberanos que ha tenido el Imperio incásico, si te narrara, por lo menos las partes salientes de la tempestad devastadora, te conmoverías a tal punto que morirías secándote rápidamente. A nuestra raza no le queda en estos bellísimos cielos un lucero de esperanza. Como un horrendo sudario, sobre ella se ha extendido una densa noche sin aurora. El espíritu, que le sublimó hasta alcanzar un poderío inmenso mediante hechos inmortales, ha muerto para siempre. Hoy los blancos advenedizos son los amos. En cambio, los descendientes de los legítimos dueños de esta Patria desventurada son sus esclavos sobre cuyas desnudas espaldas se ha colocado todo el monstruoso peso del trabajo rudo; son pobres esclavos para quienes no existe ni piedad ni justicia ni leyes que les defiendan; son abyectos esclavos que no merecen el augusto bien de la cultura, el progreso y las buenas costumbres.

José Manuel escucha con las pupilas dilatadas semejante relación nueva para él. Nunca había oído hablar a la abuela con tanto calor, sentimiento y melancolía. Por primera vez sabe la verdadera historia de su familia. De labios de su padre algo había vislumbrado; pero en una forma confusa y lejana. Era pariente de reyes... Electrizado por la idea de su noble abolengo, sin valorar en la justa proporción lo que esto significaba, increpa con cierto aire de resentimiento y con un dejo altivo:

—Abuela, pero ¿por qué mucho antes no ha contado estas cosas? Y ¿por qué sólo yo debo ser el depositario de una relación que interesa a todos?

—No te enfades, hijo mío, que pronto te revelaré el motivo. Dicho esto, la centenaria de las alturas nor-occidentales de Quito lanza un ¡ay! prolongado de fatiga. Después con énfasis inusitado prosigue:

—Todo esto he callado porque tu inteligencia no tenía el desarrollo necesario para comprender nuestras sublimes costumbres. Cuanto a lo que adelante te comunicaré, lo he conservado en absoluto secreto por una orden terminante de nuestros mayores que ha venido observándose estrictamente de generación en generación hasta llegar a nosotros con la solemnidad de un rito religioso. La dieron una vez que los blancos, avaros y crueles, se apoderaron del Tahuantinsuyo, para evitar la extinción total o el cautiverio perpetuo de los parientes cercanos de Atahualpa. En esta virtud, asuntos que tocan directamente a la sagrada persona del Inca o a la supervivencia de la familia, sólo pueden transmitirlos, bajo la majestad de una ceremonia envuelta por el humo de ciertas hierbas olorosas y extraños ingredientes puestos al fuego, y bajo la pena de maldición eterna, los padres a los primogénitos que demuestren estar adornados de prudencia, fidelidad y entereza incontrastables. Te los voy a transmitir porque eres primogénito y porque en tus actos he visto brillar una llama de las virtudes de

la raza como en ninguno de los primogénitos de mis otros hijos.

A continuación, poniéndose de pie y llamando por testigos a los genios de los nevados y a las sombras impalpables de difuntos célebres, con mística salvaje desbordante de simbolismo, obliga a su nieto a prestar la promesa solemne que le hace depositario, único y legal de un asombroso secreto. José Manuel, ya dominado por una especie de alucinación contagiada de miedo, no pone resistencia a nada. De esta manera, el interior de su alma se llena del ambiente propicio para recibir las revelaciones. Por eso, al sorprender en la vista iluminada de "La Anciana de muchos días" una nube de duda, un lamento cristalizado en lágrimas, le dice:

—Abuela, estoy preparado. Me he puesto de frente para oírle íntegramente. Siento que por su boca hablan los antepasados y que, al conjuro de su voz, hay un nimbo de los viejos caciques coronando mi frente. Mi espíritu, antes uraño y gemebundo, como la doliente armonía del rondador en los páramos ilimitados, como el hondo gemido de la tuguna en las ramas silenciosas, como el lloro cansado de la tarde que se aleja entre penumbras, le escucha sin perder un acento con confianza y felicidad: confianza de retoño que tiene fé en el tronco robusto; felicidad prestada por memorias resucitadas de seres antes dueños de una felicidad.

Así el nieto entrega a los vientos las notas de un himno que encuentra eco en el corazón de la abuela. Esta, urgida por la fugacidad de las horas y porque atisba ya las leves cenizas del crepúsculo vespertino, renueva la enigmática narración.

—El Lulum-Urcu es monte sagrado. En las remotas antigüedades un Sumo Sacerdote subía periódicamente a esta cima para adorar al Sol. El Curi-poggio, de donde cada día traes el agua, era la vertiente preferida por las princesas reales y las

vírgenes del sol para el baño. Al pie, por el lado sur, existe una enorme piedra sobre cuya planicie se realizaban muchos de los sacrificios religiosos. Además, dentro de sus confines se encuentran ocultos monumentos que demuestran la grandeza innegable que alcanzó el imperio de nuestros mayores en tiempo de los Shyris y los Incas. Pero aquí hay algo que, por su importancia extraordinaria, ha permanecido durante siglos defendido por el más impenetrable secreto. En el Lulum-Urcu está la tumba imperial de Atahualpa.

De los agostados labios centenarios bañados por un matiz de leño viejo, se escapa un ¡ay! profundo cuyo eco agoniza sollozando en la verde cabellera del trigal vecino. Mientras sobre el pulido follaje de unas zagalitas cercanas, unos mirlos rompen el místico silencio del ambiente con una canción de paraíso. Y más allá un huiracchuro de colores encendidos, desde la copa de un pequeño eucalipto solitario, cual si se tratara de una competencia de armonías, entrega al alba que suspira sus trinos resonantes.

“La Anciana de muchos días” ha hecho la declaración anterior con exaltación lindera con el delirio. Sus pupilas despiden la llamarada repentina de la pobre mecha que consume las postreras gotas de cera derretida. Tras un reposo momentáneo prosigue con un aplomo desconcertante:

—Lo que te he revelado es una verdad que no admite sospechas. Te puedo dar la prueba de las pruebas: yo misma tuve el honor de entrar en la tumba de Atahualpa, el último Emperador del Tahuantinsuyo. Pasó de esta manera: Era una niña de unos catorce años, más o menos. Pastaba una manada de ovejas en las pendientes que miran hacia el pueblo cuando el astro-rey estaba en la mitad del cielo. Un tenue vientecillo recorría contento por entre las enramadas, arrullando con levísimos acentos el ensueño de los pajarillos en las hojas y en los nidos.

El monte parecía encantado entre la inmensidad titilante de un horizonte sin nubes y sin ruidos. De improviso, cual si viniera sobre las alas transparentes de los genios tutelares de las montañas circundantes, un oleaje de cantos celestiales me envolvió por entero. Automáticamente ví a pocos pasos una doncella india de sin igual hermosura vestida a la usanza de las princesas incásicas. Antes de que me repusiera del asombro, me habló dulcemente, demostrando en la actitud un interés inefable:

—Descendiente de los más nobles caciques, no tengas miedo. No puedo hacerte daño alguno: soy una Virgen del Sol. Vente conmigo confiadamente.

Seguí tras ella embobada, sonámbula. A corta distancia nos detuvimos al pie de una peña desconocida. La misteriosa guía golpeó con una oscura varita que llevaba en su hechicera diestra bronceada. Al punto apareció una grandiosa portada resguardada a los lados por fuertes soldados indios que sostenían unas largas lanzas de chonta. Estos se inclinaron ante nosotras con un acatamiento sorprendente. Estaba petrificada. La Virgen del Sol me insinuó:

—Lo que contemplas es la entrada al Templo del Sol. Es invisible a los ojos de los vivientes. Sus puertas han permanecido cerradas por varios siglos. Por un privilegio hoy se abren ante tí. ¡Y se abren por última vez!... Entra descendiente de los más nobles caciques.

De inmediato me condujo a las habitaciones interiores. Una magnificencia indescriptible me ofuscaba a cada paso. Por fin llegamos a la mansión de las mansiones: amplia, elevada, rectangular y de una suntuosidad alucinante. El un tanto acombado techo sostenido por unas esbeltas columnas cuadradas. Así éstas como las paredes estaban recubiertas por placas de oro y plata. Al centro, sobre una base con simbolismos en alto relieve, se destacaba la estatua del Sol, de la que se desprendía un resplandor fascinante.

A los lados se veían unos cuantos artísticos jarrones de barro dorado. Encima de ellos chisporroteaba el fuego sagrado atizado constantemente por hierbas aromáticas que henchían el ambiente de esencias. Y, dentro de una especie de urna de finísimo metal, de pie, delante de la divinidad, el cuerpo embalsamado de Atahualpa vestido imperialmente, ceñida la frente con la borla carmesí de los monarcas del Cuzco y colgándole de un hilo de oro la esmeralda de los reyes de Quito. Nos hicimos presentes cuando se desarrollaba una ceremonia fúnebre en honor del infortunado soberano. Un sacerdote, desde un punto dominante del altar, alzaba los brazos en ademán de petición exaltada, repitiendo, en quejas ululantes y endechas lastimeras, las hazañas y las desgracias del difunto: quejas que eran recordación desesperada de una derrota eterna; endechas que eran evocación sangrante del hundimiento definitivo de una edad sin historia escrita, pero batallada gloriosamente. Largas filas de vírgenes, en traje de duelo, levantaban pausadamente las manos juntas, hendiendo los ámbitos de gemidos patéticos y llantos desgarradores: gemidos de una raza presa en la cárcel, de una alma envuelta en una obscuridad habitada por fantasmas; llanto de una pena funeraria clavada en la vida muerta de hermanos enterrados en un fatal complejo de inferioridad y en un trágico destino de servidumbre y olvido.

Los labios marcados de desesperación de estos seres medio etéreos, me descubrieron cómo inició la obra destructora el cataclismo que pulverizó el edificio esplendoroso del Tahuantinsuyo y le puso en la lista de los imperios que habían pasado, dejando en las arenas de la Historia apenas huellas borrosas. Esos labios heridos por un dolor insondable me revelaron que los blancos, tendiendo una celada perversa, habían tomado prisionero a Atahualpa en Cajamarca y, tras de un proceso de maldad y perfidia, le habían asesinado. Que nuestros grandes caciques habían

robado el regio cadáver y, en el más absoluto misterio y por senderos ocultos, le habían trasladado al Lulum-Urcu, mientras, para engañar a los criminales, habían simulado cortejos fúnebres en distintos lugares. Que aquí, no en Quito ni en ningún otro lugar, le habían enterrado dentro de un secreto impenetrable. En cambio, la aterradora ceremonia me impresionó de tal manera que no resistí y me desmayé en brazos de la Virgen del Sol que me había acompañado. Cuando volví en mí, me encontré justo en el sitio donde me envolvió el oleaje de cantos celestiales.

Al terminar esta narración, un dombo de luces irisadas circunda la cabeza cenicienta de "La Anciana de muchos días" y queda inmóvil para siempre con las pupilas fijas en la altura como si viera algo sobrenatural. Había muerto. Al notarlo, José Manuel sale de su posición extática y lanza un grito de angustia cuyo eco vibrante se confunde con la última queja de la tarde al hundirse en el ocaso y con el repentino aullido de los perros que se dilata tristemente de cumbre en cumbre.



S U M A R I O

	Págs.
EDITORIAL:	I
Discurso del Sr. Alcalde, en la Sesión Solemne del I. Concejo, en honor del Canciller de Chile Dr. Carlos Martínez Sotomayor	1
Contestación del Sr. Canciller de Chile	6
Discurso pronunciado por el Doctor René Bustamante Muñoz , Vicepresidente del Concejo, en el acto de colocación de una Placa de Bronce en el Monumento a Jacinto Jijón y Caamaño	10
Palabras de agradecimiento del Concejal, Alfredo Jijón Melo , en el Homenaje del Concejo de Quito a la memoria de Don Jacinto Jijón y Caamaño	19
Discurso del Presidente Ocasional, Sr. Renato Pérez Drouet en la Sesión Solemne del Ayuntamiento, conmemorativa del Día del Civismo, el 27 de Febrero de 1963	21
Introducción al estudio de la Historia General del Ecuador por Jorge Salvador Lara	40
La Leyenda Negra en el Descubrimiento y Conquista de América, por Maximiliano Borrero Crespo	68
La verdadera figura de Fray Jodoco Rijcqz, por José Gabriel Navarro	87
Nueva petición de María Chiriboga y Villavicencio para que Fray del Rosario declare sobre el mal origen de Eugenio Espejo	95
Carta del Presbítero Manuel Vivero a Sucre, llenándole de elogios; hace protestas de admiración y amor	101
Desmanes de las tropas de Salóm, luego del fusilamiento de los Oficiales Españoles Muñoz, Ovalle y Quiñónez ..	104
El Clérigo Agradecido, por J. Roberto Páez	109
Historia y Viaje del Mundo del Clérigo Agradecido Don Pedro Ordóñez de Cevallos	121
¿Por qué no continuó el Ilmo. González Suárez escribiendo la Historia del Ecuador, correspondiente al período de la Independencia?	168
Nota del Ilmo. González Suárez a su discurso pronunciado en los funerales del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre	171
Discurso del Ilmo. Federico González Suárez	175
Siluetas de Bolívar, por el General José de San Martín	208
La entrevista de Guayaquil, Bolívar y San Martín	210
La educación para el Libertador	232
La Tumba de Atahualpa.— Neptalí de Jesús Oñate	260

SUMARIO

Págs.	
1	EDITORIAL:.....
1	Discurso del Sr. Alcalde, en la Sesión Solemne del Concejo, en honor del Canciller de Chile Dr. Carlos Martínez Sotomayor.....
6	Contestación del Sr. Canciller de Chile.....
16	Discursos pronunciados por el Doctor René Bustamante Muñoz, Vicepresidente del Concejo, en el acto de colocación de una Písa de Bronce en el monumento a Jacinto Jijón y Caramáño.....
19	Palabras de agradecimiento del Concejal, Alfredo Jijón Melo, en el momento del Concejo de Quito a la memoria de Don Jacinto Jijón y Caramáño.....
21	Discurso del Presidente Ocasional, Sr. Renato Pérez Brera, en la Sesión Solemne del Ayuntamiento, conmemorativa del Día del Civismo, el 27 de Febrero de 1953.....
40	Introducción al estudio de la Historia General del Ecuador por Jorge Salazar Larín.....
68	La Leyenda Negra en el Descubrimiento y Conquista de América, por Maximiliano Berrero Crespo.....
87	La verdadera figura de Fray Jodoco Riquelme, por José Gabriel Navarro.....
95	Nueva petición de María Chiriboga y Villavicencio para que Fray del Rosario declare sobre el mal origen de Eugenio Espejo.....
101	Carta del Presbítero Manuel Vivero a Suárez, llenándole de elogios; hace protestas de admiración y amor.....
104	Desmanes de las tropas de Salán, luego del hallazgo de los Oficiales Españoles Muñoz, Ovalle y Quiñones.....
109	El Clerigo Agudado, por J. Roberto Páez.....
121	Historia y Viaje del Mundo del Clerigo Agudado Don Pedro Ordóñez de Cevallos.....
166	Por qué no continuó el Ilmo. González Suárez escribiendo la Historia del Ecuador, correspondiente al periodo de la Independencia?.....
171	Nota del Ilmo. González Suárez a su discurso pronunciado en los funerales del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.....
175	Discurso del Ilmo. Federico González Suárez.....
208	Siluetas de Bolívar, por el General José de San Martín.....
210	La entrevista de Guayaquil, Bolívar y San Martín.....
232	La educación para el Libertador.....
260	La Tumba de Atahualpa.—Nepalí de Jesús Oñate.....

Para todo lo relacionado con este

Si Ud. conserva manuscritos inéditos de valor histórico, hágalos conocer por medio de las páginas de "MUSEO HISTORICO".

al Director del Museo de Arte

Si Ud. los obsequia al Museo de Historia de la Ciudad, hará obra de verdadero patriotismo y constará en la nómina de sus benefactores.

Donde surge el espíritu de la patria

El pasado es el maestro del porvenir.

Pueblo sin Historia es pueblo anónimo.

Para todo lo relacionado con este
Boletín y Publicaciones Históricas
del Concejo Capitalino, diríjase
al Director del Museo de Arte
e Historia de la Ciudad de Quito,

Señor Jorge A. Garcés G.
QUITO - ECUADOR

Apartado Postal Núm. 3054